



EPOCA 3.<sup>a</sup>—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 33.—Madrid 25 de Noviembre de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1 ps. fs.
Un año.....	4 »

DIRECTOR  
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN  
PELIGROS, 20, SEGUNDO



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

#### SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por D. M. Riera.—*Política andante*, por Blas.—*Los grabados*.—*Alocución pronunciada por Su Santidad el día 10 de Noviembre*.—*Un libro nuevo*, por D. José Fernández Montaña.—*Condenación de un discurso universitario*.—*Francisco Lenormant*, por D. L. Hir.—*La pintura contemporánea*, por D. Manuel Cañete.—*Patriotismo y abnegación* (continuación), por Esteban Marcel.—*Preceptos contra el cólera*.—*Conocimientos útiles*.  
GRABADOS.—*Marinos ilustres*.—*Castillo de Calatrava*.—*Caballería india*.—*Vista de una aldea*.

#### REVISTA

**P**RIMERO la sublevación de la ciencia, luego el motín de los estudiantes, después la conjuración de los catedráticos. ¿Dónde vamos a parar?

¿Qué ciencia es ésa que se subleva? ¿Qué estudiantes los que se amotinan? ¿Qué catedráticos los que se conjuran?

¡La ciencia de Morayta! ¡Válganos Dios, qué ciencia y qué sabio! Cuando nosotros asistíamos a su cátedra, Morayta era ya un personaje republicano, lo cual no le valía la admiración de sus discípulos,

que le tratábamos de un modo tan risueño como campechano. Divagando por los campos de la historia ó de la literatura, que entonces, como auxiliar, lo explicaba todo, — todo menos las asignaturas — solía venirle á la lengua algún chiste sospechoso, y con muestras de gran recato iniciaba la cosa y la dejaba sin rematar. Entonces se armaba en la cátedra un gran alboroto á los gritos de ¡que lo diga, que lo diga todo!

Hé aquí proclamada ya la libertad de la cátedra. Por lo regular el catedrático, comprometido por estos arranques de libertad, sucumbía á ella, y los discípulos oímos cosas tan claras que no cabía duda lucía en todo su esplendor la libertad de la ciencia.

#### MARINOS ILUSTRES.



D. Cosme Damián Churrucá.  
D. Ignacio María de Alava.

D. Federico Gravina.

D. Dionisio Alcalá Galiano.  
D. Cayetano Valdés.



Prosigamos. De la escuela de Morayta debían salir, y han salido, discípulos muy aprovechados. Ellos no sabrán mucha historia; pero aspiran, como su maestro, á ser hombres de historia. Tener historia es más que saberla.

Y vean Uds. abrirse la historia de los estudiantes amotinados con una página revolucionaria. Recibir una herida, ir á la cárcel por defender la libertad de la cátedra de Morayta, es comenzar por donde muchos acaban. ¿Es posible amar la libertad sin haberse sublevado nunca?

La primer hazaña liberal, fué la rebelión de Luzbel; en esta escuela se han educado los grandes maestros que han sido terror y vergüenza del género humano. Pero no nos remontemos tanto; porque si bien en el asunto presente hay su dosis de satanismo, es un satanismo de escaleras abajo, un satanismo cursi.

Unos cuantos catedráticos, celosos de la gloria que se tributa á Morayta, han querido echar su cuarto á espadas en el juego de la ciencia, y, en efecto, poniéndose de parte de los estudiantes amotinados, han querido demostrar que la libertad de la cátedra llega hasta ponerse los maestros en el lugar de sus discípulos, echando sus birretes al aire á la par que éstos sus libros de texto. La igualdad de la cátedra debe ser el complemento de su libertad; porque ¿de qué nos servirá ser libres si no podemos ser iguales?

Pero descendamos á terreno más práctico: ¿qué se proponen esos catedráticos conjurados en favor de los estudiantes amotinados? ¿Qué se proponen? Muy sencillo: que cuando triunfen los partidos avanzados no se chupe sólo el Sr. Morayta la breva de la ciencia *presupuesta*. Estos sabios catedráticos han reformado un antiguo adagio de nuestros mayores diciendo: «Que nos dé el diablo su audacia, que el saber de nada vale.»

La prensa revolucionaria ha extendido ya el nombramiento de Morayta para ministro de Fomento. ¿No es este ejemplo suficiente para enardecer los ánimos profesoraes en amor por la libertad de la cátedra?

Estamos como queremos; el progreso científico toca á su cima. Basta un motín de algunos estudiantes para hacer de un catedrático oscuro un sabio de primer orden, de un Claustro de profesores una Asamblea constituyente y de la Universidad una barricada. ¿Qué más podemos pedir?

¡Adelante con la libertad de la cátedra, adelante, hasta que resplandezca la ciencia á la luz de la dinamita! Ya hemos dado un gran paso.

\*\*\*

Habrán en Madrid más de diez mil estudiantes, y sólo quinientos, á todo tirar, han tomado parte en los últimos desórdenes. Nueve mil quinientos forman una mayoría respetable, y, sin embargo, la mayoría pacífica ha cargado con el sambenito de la minoría sublevada.

Los estudiantes, se dice, determinando con el artículo la totalidad de la clase. Estamos persuadidos de la sinrazón con que se acusa á todos de la locura de una parte; pero entre quinientos que chillan y nueve mil quinientos que callan, no cabe duda, la fama vocinglera tiene que dar el triunfo á los que alborotan.

Lo mismo sucede en todas las cosas; no es la razón, no es el número lo que representa la fuerza de las revoluciones, sino la audacia, el escándalo, la temeridad de unos pocos que tratan de imponerse con sus baladronadas á la mansedumbre y sosiego de los hombres de orden, los cuales llevan á veces sus principios hasta el punto de consentir que triunfe el desorden por no salir de su retraimiento.

Así ha sucedido ahora con los estudiantes; los menos se han impuesto á los más, y no parece sino que toda nuestra juventud escolar se halla afiliada á los partidos avanzados. Por fortuna no es así; en la misma Universidad Central abundan los estudiantes buenos, refractarios á las ideas positivistas de algunos profesores, y que desde el fondo de su corazón protestan contra las recientes manifestaciones á favor de la libertad, ó más bien del libertinaje de la cátedra. Pero éstos son los que callan.

¿Cuándo los buenos harán callar á los malos? Es difícil saberlo, porque el escándalo es compañero inseparable del mal, como la modestia de todas las virtudes.

En nuestros tiempos el escándalo es una mina, en la cual sacian su hidrópica sed de riquezas todos los desalmados.

¡Ay del que escandaliza! dice el Señor.

¡Ay del que no escandaliza! dice la Revolución.

Es natural que las cátedras de los positivistas sean escuelas de escándalo; en esto consiste su libertad.

\*\*\*

Con el motín de los estudiantes ha coincidido la entrada del invierno. Hasta el Guadarrama ha visto con frialdad los sucesos estudiantiles; al calor de los periódicos revolucionarios excitando á la rebelión, ha contestado el invierno con un soplo de hielo.

La nieve invade á estas horas las provincias de Avila y Segovia, y desde las atalayas de Madrid se ven las avanzadas que cubren las próximas sierras.

Nos ha atacado el invierno como uno de esos males graves que entran en un minuto y salen después de largos meses. Ojalá que este ataque nos libre del más alarmante del cólera, el cual tanto se ha aclimatado ya en Europa que resiste el rigor de los primeros hielos.

Según parece en Toledo va en aumento, lo cual prueba que se nos va acercando, rompiendo todas las barreras que la ciencia y la Administración le oponen.

No obstante, aquí nadie tiene miedo; los teatros animadísimo, los salones á punto de abrirse; el fuego de todas las concupiscencias ardiendo bajo la escarcha que cubre nuestros tejados. A las calamidades de la vida oponemos el veto de nuestros placeres. Nuevos Baltasares, nos preparamos á morir en la loca algazara de banquetes sacrilegos.

Esto es lo que nos enseñan los maestros sueltos de las cátedras libres. ¿Qué extraño puede parecer que la sociedad se desboque?

\*\*\*

Decía hace pocos días un periódico que debe estar bien informado: «Parece que la Autoridad ha exigido que se hagan algunas modificaciones en cierto sainete estrenado anteanoche.»

En efecto, el sainete contenía picantes alusiones políticas que *no debían* tolerarse. Pero al aprobar, como lealmente aprobamos, esta intolerancia, vamos á hacer una observación que á estas horas tendrán ya en la lengua todos nuestros lectores.

Ha pasado por Madrid Mad. Ana Judic, y ha representado del modo más escandaloso posible comedias del moderno teatro francés, que no tiene el diablo por donde soltarlas. Esto, no sólo se ha tolerado, sino que se ha aplaudido. Se representan en muchos teatros piezas y comedias, pantomimas y bailes que son bazares de carne podrida, y se toleran, si es que no se aplauden. Pero se le desliza á un autor la más leve alusión contra las altas instituciones políticas que provoque la hilaridad del público, y entonces la Autoridad, usando de un derecho innegable, exige que se retiren las alusiones bajo pena de prohibir la representación de toda la obra. ¿Dónde está aquí la lógica?

Por respetables que sean las instituciones políticas, ¿lo son más que las religiosas en un pueblo cristiano? ¿Puede haber política, es decir, política buena sin moral? Pues, sin embargo, la religión y la moral pueden ser ultrajadas en sus dogmas, en sus leyes y en sus instituciones; ¡pero ay del que se meta con la política y con sus altas instituciones!

Hay aquí una gran falta de lógica, y las transgresiones de la lógica siempre son funestas para sus transgresores; porque, á despecho de todos los poderes de la tierra y de todos los códigos, las leyes de la lógica han de cumplirse.

¿Qué se diría y qué se pensaría de un alcalde que castigase severamente á cuantos destrozasen las fuentes públicas de su pueblo, y en cambio tolerase á los que rompiesen las cañerías, envenenasen la aguas del manantial ó desviasen su corriente? Bueno y justo que se cuiden las fuentes; pero ¿de qué valen las fuentes sin agua ó con agua corrompida?

\*\*\*

En el Teatro Español, según hemos leído en los periódicos, se ha estrenado con gran éxito un drama de D. Valentín Gómez titulado *El desheredado*. Su fin, altamente moral, según leemos, se encamina á patentizar que en el mundo no hay verdaderos desheredados, sino los que lo son de la virtud. El drama abunda en escenas bellísimas, expuestas en una versificación elegante, castiza y correcta.

Felicitemos al Sr. Gómez por este triunfo dramático, que no es el primero ni será el último que le granjeen su talento y su educación literaria.

\*\*\*

Por la boca muere el pez.

Aunque esta frase es el título de una comedia, en el caso presente es la expresión de un hecho real y verdadero de que nos ha dado cuenta el telégrafo en las siguientes líneas:

«*París 18.* — En la sesión celebrada ayer por el Ayuntamiento de París, se aprobó una proposición invitando al prefecto del Sena á restablecer interinamente la tasa del pan, fijándose el precio de dicho artículo según el del trigo.

La causa de la proposición de ayer ha sido la confabu-

lación de muchos panaderos para mantener los precios altos desde que empezaron á disfrutar la libertad de industria.»

La libertad de comercio ó de industria: hé aquí el pez. Nada menos que el Ayuntamiento de París, compuesto casi en su totalidad de radicales, viene á reconocer la utilidad de la antigua tasa, institución del antiguo régimen monárquico abolida por la libertad moderna.

Los tahoneros de París no podrán de hoy en adelante vender el pan al precio que les dé la gana; hoy se les obligará á apagar el horno, ó tendrán que someterse á la *tiranía* de la tasa. Lo mismo que en tiempo de Luis XIV.

Es un bocado que el Ayuntamiento de París le da á la libertad de comercio. Por nuestra parte lo aplaudimos, y lo que quisiéramos es que aquí se hiciera otro tanto. Más vale confesar la equivocación que preservar en ella con daño de los pobres.

¿Qué más quisiéramos nosotros que ir viendo corregirse los daños que el espíritu moderno ha causado en todas las esferas de la sociedad! Pero lo malo es que el restablecimiento de la tasa del pan no lo hace el Ayuntamiento de París por amor á los pobres, ni por reconocimiento leal de la falta cometida, no; lo hace por granjearse las simpatías de las masas, que necesitan pan y lo quieren barato, por sacar del fuego con las manos del antiguo régimen las castañas de la populachera, escondidas en el rescoldo de la revolución socialista y demagógica.

En este caso, la población de París puede decir sin equivocarse: «Hágase el milagro, y hágalo el diablo.»

NULEMA.

## CRÓNICA UNIVERSAL



UESTRO Santísimo Padre León XIII celebró el 10 de los corrientes, en el Palacio Apostólico del Vaticano, el Consistorio secreto que se había anunciado.

Primeramente el Emmo. Sr. Cardenal de Hohenlohe optó por el *título* de San Calisto, que estaba vacante. El Soberano Pontífice pronunció después una alocución, y acto seguido creó Cardenal de la Santa Iglesia Romana de la Orden de Presbíteros á Mons. Laurenzi, Obispo titular de Amata y Asesor del Santo Oficio, que lo era ya *in pectore* desde el 13 de Diciembre de 1880.

También fueron creados Cardenales de la Orden de Presbíteros Mons. Pedro Jeremías Michelan y Celosia, de la Congregación Benedictina del Monte Casino, Arzobispo de Palermo; el Sr. Monescillo, Arzobispo de Valencia; á Mons. Massaia, de la Orden de Menores Capuchinos y Arzobispo titular de Staurópolis; Mons. Celestino Ganglbauer, Benedictino austriaco, Arzobispo de Viena; el P. Ceferino González y Díaz Tuñón, de la Orden de Predicadores, Arzobispo de Sevilla.

Fueron creados Cardenales de la Orden de Diáconos Mons. Carmen Gorielberosi, secretario de la Congregación Consistorial y del Sacro Colegio Cardenalicio; Mons. Ignacio Masotti, secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, y Mons. Isidoro Berga, secretario de la Sagrada Congregación del Concilio.

El Soberano Pontífice designó en seguida, para la provisión de la Iglesia metropolitana de Cartago, en Africa, al Ilmo. y Rmo. Cardenal Carlos-Marcial Allemand-Lavigerie, Arzobispo de Argel y administrador apostólico de Túnez; para la metropolitana de Udina, en Venecia, Mons. Juan María Berengo, trasladado de la de Mantua; á Monseñor Francisco Benassi, Obispo dimisionario de Guastalla, que continuará administrándola provisionalmente, para la silla titular de Argos; á Mons. Joaquín Cantagalli, trasladado de las sillas unidas de Cagli y Pergola, á la de Faenza; para la iglesia catedral de Orvieto á Mons. José Inganci, trasladado de la de Sidonia; para la de Corea al Sr. D. Marcelo Spínola y Maestre, trasladado de la de Milo.

Para la de Bressanone ó Brixen, á Mons. Simón Aichmer, trasladándolo de la de Sebaste; para las catedrales unidas de Cagli y Pergola, á Mons. Juan Bautista Scoti, Canónigo de la Colegiata de Bolseña; para la de Marsi, al Rdo. D. Enrique de Dominis, Canónigo penitenciario de Avellino, Rector de la iglesia de San Francisco Javier; para la de Bovino, al Rdo. P. Salvatore, de Nápoles, de los Menores Capuchinos; al Rdo. P. José Santos, canónigo, Canciller episcopal y director del Seminario de dicha diócesis, para la Iglesia Catedral de Guastalla; al Rdo. P. Rosper Carbi, vicario general, para la Iglesia Catedral de Iglesias; á Mons. Ramón Inghéo, profesor de Escritura Sagrada en la Academia y Seminario de esta diócesis, para la Iglesia Catedral de Lubiana; y á Mons. Santiago, canónigo



rael. Más adelante, cuando hayan sido descubiertos y publicados los textos cuneiformes, Mr. Lenormant continuará estas investigaciones, á las que, entre otras, profesaba particular predilección para completarlas y definir las; pero ya las ideas que desenvolverá en lo sucesivo se hallan en germen en el *Comentario sobre Beroso*, y se está de acuerdo en reconocer en este libro uno de sus títulos científicos más indisputables. Desgraciadamente, la edición, que sólo constó de 200 ejemplares, se halla hoy agotada, y, por consiguiente, este libro no se encuentra en ninguna parte.

Estas investigaciones tan complicadas, estos trabajos tan austeros — ¿podría creerse? — se refieren á los días llenos de agitaciones, de penas y angustias del sitio de París. Todo el mundo sabe el bello proceder de Francisco en las murallas de la capital sitiada. Alistado en un batallón de movilizados, batióse con la intrepidez y el ardor que le distinguían en todo, y recibió en una pierna una herida grave, germen de la enfermedad que le llevó al sepulcro. Este rasgo de valor no causará extrañeza á nadie que conociese á Mr. Lenormant, pues es sabido de cuantos le conocían que el patriotismo era para él una segunda religión, y que en materia de generosidad y ardor á nadie cedía. Pero si sabía batirse con arrojo, poseía también una cualidad muy rara, sobre todo en tiempos de efervescencia y lucha diarias, quiero decir, la calma y la completa posesión de sí mismo. Al salir del combate reanudaba tranquilamente sus interrumpidos estudios, y el estampido del cañón y el fragor de los combates de fuera eran impotentes para distraerle de un problema histórico ó filológico cuya solución buscaba. Complaciase en citar como su modelo en este punto al ilustre Silvestre de Sacy, quien en pleno 1793 terminaba, en su retiro de Orleans, sus inmortales Memorias sobre las antigüedades de Persia, que abrieron una nueva era á la arqueología oriental. «A su ejemplo, añadía en su primera carta siriológica dirigida á Mr. de Saulcy, y sin ser más que él, como lo sabéis, indiferente á los asuntos generales y á los desdichas públicas, ha sido como me he dejado llevar á proseguir en medio de la crisis actual las investigaciones cuneiformes, para las cuales habéis tenido á bien alentarme.»

Nos hubiéramos holgado de oír á Mr. Lenormant contar él mismo, con los arranques suyos que ya nos han encantado, las peripecias y los incidentes de aquella tan singular vida, compartida entre los ejercicios del soldado y las tranquilas investigaciones del sabio. Solas las cartas que por aquel tiempo escribía podrían iniciarnos en su existencia; pero aquellas cartas, dirigidas á la que debía ser la cariñosa compañera de su vida y la confidente de sus trabajos, tienen un carácter demasiado íntimo y hartó sagrado para que sea lícito lanzarlas al dominio público.

En sus cartas siriológicas se reflejan con la mayor exactitud las impresiones que produjo en él el sitio de París, y cómo se expresaba aquellos días en que puso su abnegación y patriotismo al servicio de la capital de Francia. «Habiendo quedado en nuestra querida París, á quien los esfuerzos de los ruines celos de los que no pudieron seguir su ejemplo no lograrán arrebatar la gloria de sus sacrificios ni de sus resistencias, había trocado yo el oficio de sabio por el de soldado; — decía en su carta del 24 de Diciembre de 1871 — apenas curado yo de una herida, con nieve hasta las rodillas, con 15 grados de frío me encontraba de guardia en las trincheras de Vitry, con el alma profundamente oprimida y experimentando un agudo dolor siempre que un soplo de viento me traía de las líneas prusianas el eco de los gritos y algarazas con que los bárbaros, ebrios de su triunfo, celebraban la Noche Buena en nuestro propio territorio, insultando nuestra desgracia...»

El estudio y la ciencia seguían, siempre en medio de estos dolores patrióticos, siendo el refugio y el consuelo de Mr. Lenormant. «Sólo la ciencia, decía, me ofrece un refugio contra semejantes angustias; ella es la que me devuelve un poco de calma, y muchas veces, en el transcurso de nuestras desgracias, he experimentado su benéfico influjo...»

Es hoy moda exaltar la ciencia alemana y proponernos á los sabios de allende el Rhin como modelos dignos de nuestra admiración; pareceme que para admirar no necesitamos dirigir tan lejos la vista, y que hombres como Francisco Lenormant, que saben unir á un grado semejante el culto de la ciencia y el amor á la patria, tienen por lo menos derecho á algunos de los homenajes que tanto se prodigan á los alemanes. ¿Deberemos, pues, culpar á Lenormant de haber permanecido siempre francés ante todo, hasta en sus preferencias científicas, y de Francisco haber deseado que Francia reconquistase su lugar en el espíritu humano, dejando de ser los copistas de los alemanes?

Fijándose Mr. Lenormant en una de las dos hipótesis ó dos sistemas establecidos por Mr. Rayet al tratar de los textos cuneiformes, es decir, de establecer dos capas de población de origen diferentes, marchó éste en pos de Mr. Oppert, con la diferencia de que Mr. Lenormant sustituyó el nombre sumeriano al de acadianos, y se dedicó á descifrar los textos llamados acadianos con el empeño con que todo lo emprendía. Había sido guiado á estos estudios por el examen de una plancha de barro que encierra el Museo británico. «El desarrollo científico, decía, de esta preciosa tabla, no puede ser la obra de la edad de la preponderancia de la raza semítica y de la civilización caldea; es éste un legado de aquella misteriosa civilización primitiva que precedió á los semitas en Babilonia, y de la cual éstos tomaron su sistema de escritura cuneiforme, formada toda ella con sus valores fonéticos é ideográficos.» Esto dió ocasión á toda una serie de estudios acadianos, los unos autografiados y los otros impresos, que vieron la luz de 1873 á 1880.

En el tomo III de esta obra, publicado en 1879, fijábase de nuevo en su carácter provisional. «Es una colección de materiales, decía, para una futura construcción, cuyo cuidado dejó á otros más hábiles y más sabios.» Su más minucioso estudio fué el punto de partida de las investigaciones tan originales y curiosas de Francisco sobre las ciencias ocultas en Asia. El primero de los dos tomos de que se compone esta obra, está consagrado exclusivamente á los acadianos. «Nuestra ambición, dice el autor, es tan sólo escudriñar el origen de la magia en uno de sus más antiguos focos y trazar el cuadro de lo que era en Caldea.» Demuestra que la religión caldea ó babilónica, religión panteísta, cuyo orden complicado y sabio no se extiende á más de dos mil años antes de Jesucristo, nada tiene de común con la creencia en los espíritus elementales de los viejos acades. Extendiendo después á toda la nación lo que dijo de las doctrinas de los sacerdotes mágicos, califica en estos términos su sistema religioso: «Este sistema merece un lugar aparte en la historia de las religiones, donde permanecerá siendo el tipo del desarrollo más rico y completo á que haya llegado la adoración exclusiva de los espíritus de la naturaleza y de los elementos característicos de las naciones de raza turaniana.»

¿Qué entendía Mr. Lenormant por el nombre común de raza turaniana? El mismo nos lo dice en otro de sus trabajos. «La unidad etnográfica de los pueblos de que se hace aquí mención (los turanianos), es hoy conocida por la ciencia. Los admirables trabajos filológicos de algunos autores han establecido que todas las diferentes poblaciones que desde la Finlandia á las orillas del Amur habitan en el norte de Europa y de Asia, tinnoises y tchoudos, turcos y tártaros, mongoles, tongaues, pertenecen á un mismo manantial y constituyen una sola gran familia, cuya unidad original está probada por la semejanza de los idiomas que hablan estas naciones...»

Con el segundo estudio de Mr. Lenormant sobre las ciencias ocultas de Asia salimos de esta remota antigüedad para entrar en un período que alumbró la plena luz de la historia. «Las instituciones, las creencias y las ideas que vamos á examinar, dice el autor, pertenecen á la civilización caldeo-babilónica definitivamente constituida, tal como se presenta á nuestros ojos desde la época de Sargón I, rey de Aganes, hasta la conquista de Alejandro, durante un período por lo menos de dieciséis siglos, con sus grandes escuelas sacerdotales, extendiendo su influjo y su autoridad lo mismo sobre Siria que sobre Babilonia y Caldea.» Sería preciso poder seguir al autor en su completo examen de los medios adivinatorios usados por los caldeos; en sus comparaciones, á veces un tanto aventuradas, pero siempre ingeniosas; en las analogías que establece entre el arte augural de los etruscos y de los babilónicos; por último, en su estudio tan curioso acerca de los sueños; pero no podemos entrar en todos los detalles.

Respecto del libro del profeta Daniel, que trata de los sueños, multiplicados en el Asia anterior durante los tres siglos de las grandes conquistas sirias, Mr. Lenormant le dedica algunas páginas victoriosas en favor de su autenticidad, disputada por toda la escuela racionalista, que coloca la formación de este libro ciento sesenta y siete años, á lo sumo, antes de Jesucristo. «Cuanto más leo y releo el libro de Daniel, dice, comparándolo con los datos de los textos cuneiformes, más convencido quedo de la verdad del cuadro que los seis primeros capítulos trazan de la corte de Babilonia y de las ideas del tiempo de Nabucodonosor; más penetrado quedo de la convicción de que fueron escritos en la misma Babilonia y en tiempos más próximos aún á los sucesos...»

Dos estudios importantes estaban consagrados á la primera edad del mundo.

¿Qué se sabe por las investigaciones prehistóricas de los primeros antepasados de la humanidad, de sus costumbres, de su inteligencia y de sus obras? ¿Qué se sabe en lo tocante á la época neolítica? ¿Cuál fué la raza que levantó los monumentos tan originales de aquella época? ¿A qué rama de la especie humana debe atribuirse la invención de los metales? Tales son las preguntas y las soluciones indicadas en un notable artículo publicado en la *Gaceta de Bellas Artes*.

El comercio y el establecimiento de los fenicios forman también el objeto de un importante trabajo, publicado por primera vez en los *Anales de Filosofía cristiana*.

Los demás estudios se refieren bien á Egipto, bien á Siria. Estos consisten en una ojeada acerca de la historia de Egipto, sobre todo bajo el punto de vista artístico, publicado en la *Gaceta de Bellas Artes*, en estudios sobre el diluvio y la epopeya babilónica. Por último, en una página de la historia del siglo VIII anterior á nuestra era, y al mismo tiempo en la biografía de un personaje muy batallador de aquella época, llamado Merodachbaladán, á quien llama Mr. Lenormant un patriota babilónico.

Al pasar la vista por este extenso catálogo de libros, de Memorias y de artículos sobre los más diferentes asuntos, si nuestros lectores han tenido paciencia para seguirnos hasta su fin, se habrán preguntado más de una vez cómo habrá podido hacerse que, en medio de la vida agitada y devoradora de París, Mr. Lenormant pudo encontrar tiempo bastante para todas estas investigaciones. Nosotros les responderemos convidándoles á que nos acompañen á la residencia, en que rebosan el encanto y la soledad, que Francisco estableció para sí en el departamento de Ain. En Boissieu, en efecto, pasaba casi la mitad del año, y allí fué donde escribió la mayor parte de sus obras. El sitio, por lo demás, fué afortunadamente escogido. Desde las ventanas de su morada podía contemplar Mr. Lenormant, por una parte las nevadas cumbres de los Alpes, y por otra las más suaves pendientes del Jura, que, por decirlo así, venían á morir á sus pies. La morada preferida por Francisco en este edificio era la biblioteca, donde pasaba las horas muertas; pero esta vasta biblioteca no era sólo el santuario del estudio y de la ciencia, porque Mr. Lenormant, tan amante de la vida de familia, gozaba viendo cerca de sí á madamme Lenormant y á su Carlitos, que tenían su mesa junto á la del sabio; recreábase éste examinando los primeros trabajos de su hijo é interesándose en sus infantiles juegos. Así lo había hecho también su ilustre padre cuando le mandaba trabajar en la Biblioteca Nacional.

D. LE HIR.

## LA PINTURA CONTEMPORANEA



El novísimo renacimiento de nuestra Pintura, iniciado y desarrollado antes de mediar el presente siglo, prueba que la facultad de producir obras bellas no se ha extinguido entre nosotros. París, Viena y Filadelfia han premiado en sus grandiosos certámenes universales no pocos lienzos de pintores españoles. Francia, Austria y los Estados Unidos de la América del Norte han mostrado á la faz del mundo que, á pesar de hallarnos envueltos en tanta civil discordia, en tanta lamentable ruína material, intelectual y moral (fruto acerbo de añejas culpas y de recientes desórdenes), el numen pictórico vive y florece en nuestro suelo, compitiendo á veces sin mengua con el de naciones más adelantadas y más felices. Pero ese florecimiento de la Pintura, que de cuarenta años á esta parte ha demostrado tal vigor, ¿es tan cabal y fecundo en todo como pudiera y debiera ser para ponerse en consonancia con las arrogantes exigencias de la cultura actual? Salvas excepciones honrosísimas muy recientes, ¿no presenta entre nosotros á cada hora síntomas de mortal y lamentable extravío? — Permitidme someter á vuestra consideración algunas breves observaciones sobre materia tan importante, y cumplir así con la obligación, fácil para cualquiera de vosotros, difícilísima para mí, que me imponen los Estatutos de esta preclara Academia.

Desdichada raza, Señores, la de aquellos que prescinden de la tradición y miran con desden los ejemplos y enseñanzas de lo pasado. Su prurito de romper la misteriosa cadena cuyos eslabones enlazan insensiblemente los descubrimientos y el saber de los siglos, tanto como en la esfera social ó política es funesto y asolador en las regiones del arte. No quiere esto decir que el artista se haya de atener en

1 De un discurso académico del erudito y elegante escritor que lo suscribe.



sus creaciones á ninguna pauta dada: el nombre mismo de creación excluye semejante servilismo. Pero téngase presente que así como tratará en vano de traducir su pensamiento en bellas composiciones pictóricas el que carezca de toda noción de dibujo, por aventajadas que sean su aptitud y facultades, así también andará á ciegas y se descarriará muy luego quien fiado en esas facultades y esa aptitud, poseedor ya de los medios de representación peculiares de la pintura, creyéndose con elementos suficientes para volar por sí solo, prescinda del estudio de los grandes maestros y del examen comparativo de las diversas escuelas, que contribuye tanto á formar ó depurar el gusto.

Atinadamente observan algunos que las bellas artes tienen una peculiaridad notable, y es que el más claro entendimiento y el juicio más exacto, unidos á la mayor erudición y á la más constante laboriosidad, de nada sirven si el artista carece del sentido interno que hace percibir con claridad la belleza, si no está dotado de la íntima facultad que lleva en sí la potencia de crearla.

Á esta verdad, comprobada en todas épocas por la multitud de artistas mediocres que pasan sin cautivar la atención de los entendidos ni dejar huella en la historia, añade un escritor, destrísimo en aquilatar el mérito de los pintores contemporáneos, que no cabe en el arte un progreso análogo al que es posible en las ciencias. Porque, bien mirado, ¿qué poeta ha conseguido sobrepujar á Homero? ¿Cuál á Dante? ¿Qué escultor de ahora vence á Fidias? ¿Quién oscurece á Ghiberti? ¿Dónde hallar hoy pintor ninguno que supere á Leonardo de Vinci, á Rafael ó á Miguel Angel? Con razón harta se asegura que la concepción de lo bello, que para realizarse y exteriorizarse emplea las formas y símbolos externos que la excitaban, no es adicionalmente perfectible. Renuncie, pues, á merecer nombre de artista quien carezca del sentimiento de lo bello y no revele en sus obras lo que podríamos llamar vida del alma.

Nadie medianamente versado en estas materias ignora que la imitación es el medio, no el fin del arte. Y si la imitación es ineficaz por sí sola para crear obras bellas cuando el artista se limita, no á interpretar idealizando, sino á copiar estrictamente lo que ve, sin poner en tal labor nada suyo, ¿qué será cuando en vez de buscar el pintor modelo de la naturaleza, aunque sea para reproducirla con nimia fidelidad, lo busca en las genialidades ó defectos de uno ú otro pintor célebre? ¿Qué será si, además de seguir por tan mal camino, carece del sentido interno y de la poderosa facultad á que antes me he referido?

Un profundo orador sagrado que excede á muchos tratadistas de estética en su manera de concebir y expresar claramente lo que es el arte, lo que constituye al artista y qué entiende por belleza, me ahorra el trabajo de discurrir por cuenta propia sobre estos particulares. Permitidme resumir su pensamiento y recordar aquí sus palabras, para sentar con autoridad tan competente premisas en cuyas consecuencias importa mucho fijar la atención.

Según él, « el arte es la expresión de la belleza ideal en una forma creada »; y la obra de arte consiste en dar forma sensible al bello ideal, « no sólo á semejanza de la hermosa naturaleza que se ostenta á nuestros ojos, sino también de la hermosa idea que como pura estrella derrama su luz desde el fondo de la esencia divina en el fondo del alma humana ». Lo que constituye al artista, lo que al menos le predispone á crear obras maestras, es « un modo superior que le está reservado de ver lo bello que se manifiesta y de sentir lo bello que ve, no la intuición ni la imitación de las cosas creadas tales como son y como se observan en la realidad fenomenal, sino la intuición y la expresión de las cosas vistas en la luz transfigurativa de su ideal, la potencia de ver y alcanzar ese ideal en grado supremo y de darle realidad visible en brillante forma ».

El elocuente orador á que me refiero entiende además, de acuerdo con la doctrina de San Agustín, que la belleza en quien se compendian y enlazan unidad, variedad, conveniencia, proporción, simetría, poder y armonía, es el esplendor del orden; mas no del orden abstracto, vacío y muerto, sino del vivo y resplandeciente que lleva consigo el esplendor de la unidad. Ahora bien; si ante el orden y armonía que salen del fondo y brillan en la superficie de los seres no sentís las súbitas intuiciones y viva penetración de lo bello; si al recorrer en la tierra las varias jerarquías de belleza que en ella se pueden ver no subís gradualmente la escala misteriosa que conduce de la contemplación de las bellezas terrenas á la de las celestiales; si no os eleváis hasta su arquetipo eterno, y vuestra contemplación de la belleza real no está bastante libre de la

esclavitud de la materia para empujaros con sublime soplo á contemplar la belleza ideal; en suma si vuestro genio no logra subir hasta el ideal mismo, y no al ideal abstracto, vacío, estéril y muerto, único que sobrevive á la extinción de las doctrinas espiritualistas, sino al concreto, sustancial, vivo, que reside en Dios, — jamás llegaréis al punto culminante de la creación artística; porque nunca pondréis en vuestras obras ni un reflejo de aquella belleza divina por la cual son bellas todas las cosas, y sin la que nada bello existiría en la naturaleza ni en el arte ».

Perdonad, señores académicos, si repito en este lugar especies que no tenéis olvidadas, y que son elementales para cuantos rinden culto á la belleza artística esforzándose por darle vida en sus obras, ó procurando desentrañar y apreciar sus misterios y excelencias. Bien sé que nada de lo que yo diga aquí será nuevo para vosotros. Ni poseo la intuición y el saber necesarios para inventar teorías luminosas sobre la filosofía del arte, ni abrigo la insensatez de apoderarme de las ajenas y darlas por propias, como lo hacen muchos que presumen de originales y se avilantan á doctrinar á los que pueden ser sus maestros. Mas por conocidas que os sean tales nociones, con las que están de acuerdo estéticos de muy diversas escuelas, conviene recordarlas para que se graben en la mente de la juventud estudiosa, ya que hoy son tantos los consagrados al ejercicio del arte que, debiendo alimentar con ellas su espíritu, dan muestras de desconocerlas ó olvidarlas.

No me cansaré de repetirlo: artista que se desentiende de la belleza ideal, circunscribiéndose á reproducir groseramente lo que se ofrezca á sus ojos, antes que por verdadero artista se ha de tener por enemigo del arte. Escuela que prescinda en sus creaciones de cuanto hay en el hombre de más elevado, inmaterial y divino, en vez de producir bellas obras sofocará la inspiración y acabará por matarla, ó lo que es peor todavía, por degradarla y envilecerla.

El arquitecto insigne á quien se debe la *cúpula de San Pedro*; el que se esculpió con cincel prodigioso las figuras de *David y Moisés*; aquel cuyos peregrinos pinceles han dejado en la Capilla Sixtina la maravillosa escena del *Juicio final*; el que pulsando la lira de Dante brilla entre los poetas clásicos italianos de la edad de oro, ha dicho en versos que no morirán:

« L' immortal forma al suo carcer terreno  
Come angel venne; »

y lo ha dicho seguro de que nadie podría decirlo con mayor conocimiento de causa; porque en su opinión, fundada en principios ya sentados por la docta antigüedad,

« Non ha l'ottimo artista alcun concetto  
Ch' un marmo solo in sé non circoscriva  
Col suo soverchio, e solo a quello arriva  
La mano che obbedisce a l'intelletto. »

Si las especulaciones de filósofos y críticos destinadas á investigar los fundamentos de la belleza ó su atinada encarnación en obras artísticas no estuvieran contestes en buscar el verdadero ser de lo bello en algo que está por encima de los medios y el modo de ejecución de las diferentes artes, la autoridad de un hombre como Miguel Angel bastaría para persuadirnos de que la simple reproducción de un modelo, cuando no la anima el fuego interno de la inspiración, es ineficaz para poner en movimiento la especie de corriente eléctrica que se establece, á vista de una bella estatua ó de un cuadro hermoso, entre el alma de su creador y la del que admira lo creado.

Miguel Angel lo ha visto con la portentosa visión de los genios próceres, y ha traducido su idea en el lenguaje de las musas para que la virilidad y armonía de los versos la hiciese más eficaz y duradera: la forma inmortal, esto es, la forma bella, que sobrevive á la existencia del que le da ser, como ángel venido de las alturas toma cuerpo en su cárcel terrena, que es la obra de arte, mediante la inspiración alimentada por la belleza ideal, manantial perenne de aguas vivas. En su opinión, los grandes artistas no abrigar pensamiento alguno que no esté encerrado en el mármol, velado por aquella porción de la piedra que ha de arrancar el cincel; mas sólo consigue darle bella forma la mano que obedece á la inteligencia. Esto que dice el Fidias del Renacimiento refiriéndose á la Escultura, puede igualmente aplicarse á la Pintura y á todas las nobres artes en quienes la mano, es decir, el medio de ejecución, no es ó no debe ser otra cosa que mero instrumento de la inteligencia. Cuando no la obedece, y el procedimiento material, por decirlo así, procura sobreponerse á la inspiración,

1 El P. Félix.

al sentimiento, á la fantasía, en una palabra, á la ideal belleza que en su representación artística no parte de invenciones caprichosas ni de extravagantes ensueños, sino de los datos que le proporciona la naturaleza misma, no hay para qué decir que el arte pierde la dignidad que lo realza para convertirse en una especie de oficio mecánico desnudo de toda persuasiva elocuencia.

(Se continuará.)

## PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)

Una circunstancia imprevista vino de pronto á recordarlo.

En un intervalo de silencio se oyó de pronto al centinela que estaba debajo del pabellón, gritar un atronador ¡quién vive!, haciendo resonar la culata de su fusil en las piedras del patio. En el mismo instante el centinela dió aviso al sargento de guardia en la puerta principal.

Algunos instantes después se oyeron pasos en la escalera, y el lacayo del coronel introdujo á la visita que llegaba á esta hora tardía.

Era un hombre como de cincuenta años, vestido de militar y medio de paisano, con cabellos grises, con cara descompuesta y con aspecto enteramente pacífico. Llevaba el vestido de cirujano mayor del ejército, pero sus vestidos estaban en gran desorden. Su pantalón estaba lleno de fango en las rodillas, los zapatos cubiertos de polvo; había en su túnica huellas de lodo, y briznas de paja y de musgo en sus cabellos.

— ¡Eh! Cáspita, es Andrusew — dijo el coronel volviéndose hacia la puerta. — ¿De dónde venís á esta hora, mayor, en este singular vestido de tertulia?

— Seguramente no es de la guerra, — exclamó Alejandra dando una carcajada — al menos que no haya emprendido una batalla con las ranas, como lo prueban las honrosas cicatrices de vuestra levita.

— Sí, señorita; vengo justamente de la guerra, y aunque una parte del combate ha tenido lugar en sitios pantanosos, sin embargo, no he tenido que tratar con humildes batracios, sino con los insurrectos y su jefe el valiente Mlotek en persona.

— ¿Con Mlotek? — exclamaron á la vez los tres oficiales.

— Con Witold — repitió Sacha con un murmullo del corazón y de los labios.

— Como tengo el honor de decíroslo... He sido prisionero de Mlotek por tres horas.

— ¿Habéis sido prisionero de Mlotek y no estáis colgado de un árbol? — exclamó Ignatiew con tono incrédulo.

— No, señores; es verdad que he escapado de una buena. Pero vedme sano y salvo, y trayendo un pase; miradlo, y os atestiguará de la verdad de mis palabras.

Y el cirujano presentó al coronel un pase con la firma y sello del famoso jefe de los rebeldes, ordenando á todas las autoridades nacionales que den libre paso al doctor Andrusew y le proporcionen, si lo necesitase, medios de transporte. Alejandra cogió el pase cuando su padre lo hubo examinado. Vió en él el sello polaco rodeado con esta divisa tan conocida: « Por la patria. » Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas mientras que lo contemplaba, y volviendo la cabeza, pasó la hoja á su vecino el capitán Ignatiew.

— ¡Pero ésta es una aventura maravillosa! ¡Contádnosla, mayor! — dijo Pablo.

— En seguida, amigo mío; y con tanta mejor voluntad porque he prometido hacerlo.

— ¿Os habéis comprometido á contárnosla? — preguntó el joven con sorpresa.

— No á vosotros personalmente, sino á todos los compatriotas que encuentre. Siendo vosotros los primeros que encuentro en mi camino, tengo mucho deseo de cumplir mi promesa de honor. Hé aquí, en pocas palabras, lo que me sucedió ayer.

Sabéis que formaba parte de un destacamento mandado por Czerkín, en el cual, como de costumbre, me encontraba detrás.

Marchábamos por el camino de Pultusk un poco á la desbandada, porque hacía mucho calor y los hombres estaban cansados.

Cada uno iba bostezando ó arrastrando los pies con la indolencia y seguridad más completa. Yo iba en una britschka que había tomado en la última estación de posta, llevada por un pícaro paisano polaco que silbaba de cuando en cuando mirándome de



mentos de nuestra reconquista, las costumbres animadas y bulliciosas de los naturales del país, todo contribuye á dar un caracter singularísimo á los pueblos de nuestra Andalucía, caracter que tanto llama la atención de los extranjeros que continuamente visitan las comarcas del Darro y del Guadalquivir.

Nuestro grabado es un apunte tomado del natural, donde el dibujante ha procurado reflejar, en cuanto es posible al lápiz y al buril, el sol clarísimo del Mediodía, tan embriagador como el jugo de nuestras vides jerezanas y malagueñas.

## ALOCUCIÓN

PRONUNCIADA EN EL CONSISTORIO DEL 10 DE NOVIEMBRE POR LA SANTIDAD DE LEÓN XIII



VENERABLES Hermanos:

Cuán cruelmente la tempestad sigue azotando á la Iglesia; cuán numerosos y graves son los cuidados que nos causa esta situación, llevando como llevamos el timón, nadie lo sabe mejor que vosotros, que nos prestáis vuestro consejo y vuestro apoyo para administrar la República cristiana, y que á menudo os encontráis, como nos encontramos, en medio de dificultades. No obstante, después que en una carta Encíclica pusimos de manifiesto los designios y los artificios de las sociedades secretas, como lo exigían los intereses de la salud pública y los deberes de nuestro cargo, la saña inveterada de los enemigos de la Iglesia parece haber llegado á un punto de exasperación tal, que debe temerse sea origen de más penosas pruebas.

Sean cuales fueren las vicisitudes que nos valga esta hostilidad, las soportaremos con espíritu sereno, porque descansamos en la tutela y patrocinio de Dios Todopoderoso, que ha concedido esta gracia á su Iglesia, que, victoriosa en todos los tiempos bajo sus auspicios y su protección, encuentra en las mismas persecuciones una causa de progreso.

Si esto no estuviera probado por el recuerdo de los pasados siglos, de todos los que han pasado desde la fundación de la Iglesia, lo que vemos en nuestros días sería suficiente testimonio. Hé aquí, en efecto, que la Iglesia atraviesa, sin temor por su suerte, esta guerra encarnizada, declarada desde hace largo tiempo al nombre católico, y su mayor triunfo es que en medio de una corrupción de costumbres y de ideas tan grande, cuando el bien sumprime, que es la fe cristiana, está expuesto en todas partes á emboscadas y peligros, se asiste á hechos numerosos que dan testimonio de una virtud eminente, se ve renovar aquí y allí, en el pueblo cristiano, numerosos ejemplos de concordia y de caridad.

Y en este mismo tiempo vemos por un beneficio de Dios nuevas é inmensas regiones abiertas al Evangelio de Cristo. El nombre católico florece en América: los Obispos de los Estados Unidos tendrán este mes mismo su Concilio, y deliberarán de común acuerdo sobre la organización regular de la disciplina eclesiástica. El nombre católico florece y se propaga en Australia, en las Indias, y en todas las comarcas del Oriente, de tal suerte que, aumentando el número de cristianos, de día en día se nos impone la necesidad del nombramiento frecuente de nuevos Vicarios apostólicos.

En lo que concierne al África, bien que una gran parte esté todavía privada de la luz del cristianismo y sumida en la barbarie, nos hemos alegrado, sin embargo, y han nacido en nuestro corazón buenas esperanzas para lo por venir, al ver las instituciones cristianas prosperar ya en las costas septentrionales de aquella parte del mundo. En esto los méritos de uno de los miembros de vuestro ilustre Colegio han sido particularmente notables, porque, lleno de celo por la salvación común de los pueblos de África, ha llevado á feliz término en algunos años, gracias á su constancia y á sus trabajos, muchas obras excelentes. Así estamos animado de la más viva solicitud para el bien de estas comarcas; y mientras que Europa se ocupa estos días mismos en favorecer el comercio y la civilización en las costas de África, Nos nos esforzamos, con un designio mas saludable todavía, en propagar la luz del Evangelio.

Nuestros primeros pensamientos á este propósito han sido suscitados, no diremos que cabalmente por la ciudad, porque apenas existe, sino por el recuerdo de la ciudad opulenta y dominadora que llevó el nombre de Cartago, y que si es admirada por las generaciones humanas como habiendo brillado al frente de África en las artes de la paz y de la guerra, hasta el punto de rivalizar con la grandeza romana, es necesario que esta admiración sea más viva todavía respecto de las glorias cristianas de Cartago.

En efecto, es de todos sabido que abrazó en hora feliz la Religión cristiana que Roma le había llevado,

y que la guardó tan fielmente que hay pocas ciudades que se le puedan comparar por el número de los Santos y de los Mártires invictos que produjo. Desde la más remota antigüedad los Obispos de Cartago gozaron del privilegio y de la preeminencia de la primacía sobre toda el África. Que si en seguida las frecuentes invasiones de los bárbaros sepultaron en unas mismas ruínas las glorias religiosas y civiles de Cartago, hasta destruir la ciudad misma, sin embargo, el honor de sus antiguos méritos le quedó, así como el privilegio de la Sede arzobispal, consagrada por la vida toda del gran San Cipriano y ennoblecida por su martirio.

Nós, pues, impresionados por la consideración de estas cosas, y abrasados en una benevolencia paternal para con los cristianos de la nación africana, tenemos las altas miras de que la administración de los intereses sagrados se establezca mas sólidamente entre ellos. Nós hemos juzgado que es tiempo ya que el honor del trono arzobispal fuese restituído para nuestra autoridad en Cartago. Por esta razón hemos ordenado, Venerables Hermanos, que los ejemplares de las Letras Apostólicas relativas á esta cuestión se enviasen sin tardanza á cada uno de vosotros.

Nós no dudamos que, según vuestra soberana devoción hacia la Iglesia, esta suerte de resurrección de una antigua Silla arzobispal os será muy grata, y al mismo tiempo tenemos la confianza que aceptaréis y agradeceréis no menos voluntariamente nuestra decisión de llenar los vacíos de vuestros más ilustres colegas por personas de la Iglesia, y á quienes recomiendan mucho su doctrina, virtud y conocimiento de los asuntos.

## UN LIBRO NUEVO



CABA de salir á pública luz entre nosotros un libro que tiene por título *Afirmaciones católicas*, y es su autor el docto y aventajado publicista D. Vicente Manterola, Canónigo penitenciario de la Santa Iglesia Metropolitana de Toledo, Primada de las Españas. Cosa impertinente habría de ser sin duda alguna traer aquí alabanzas y elogios que tirios y troyanos tributan con laudable imparcialidad al célebre diputado y elocuente orador en las Cortes Constituyentes del año de 1869. Este erudito escritor ostenta ya de muy atrás la sien ceñida con lauros envidiables, harto mejor hermoeados y entretejidos que cuantos en este lugar le pudiéramos ofrecer.

Hablemos, pues, solamente de la última producción científico-literaria del Sr. D. Vicente Manterola, describiéndola á grandes rasgos, ya que á retratarla de cuerpo entero y minuciosamente no se atreva la humildad y torpeza de nuestro pincel.

Un solo volumen, impreso con diligente esmero, forman las *Afirmaciones católicas*, el cual, con las licencias necesarias, se está vendiendo ya en las principales librerías católicas de la Corte y de nuestras provincias.

Consta de 554 páginas de buen papel, con caracteres grandes y de mucha claridad, apareciendo al frente de la portada un grabado bastante exacto que representa al autor de medio cuerpo. Corrió la edición á cargo del reputado editor D. José del Ojo, con lo cual ya se puede suponer la pulcritud y el mérito de la parte material y exterior del libro. Está dedicado muy acertadamente el Eminentísimo Señor Cardenal Moreno, Arzobispo dignísimo de Toledo, sobre cuya tumba veneranda caen aún las lágrimas de la España católica. Asegurando ahora en general que las materias del libro están escogidas con mucho tino, y trazada sólida y cuidadosamente por el autor, podrán sin duda exclamar los amadores de la verdad y de la Religión: «Bien venidas sean las *Afirmaciones católicas* de D. Vicente de Manterola.» Porque si avivamos un poco nuestra contemplación y miramos á uno y á otro lado, ¿qué otra cosa vemos hoy, y descubrimos por doquiera, sino disimulos, engaños y negaciones de todo lo más santo y más evidente?

Pues en el nuevo libro del docto Penitenciario toledano no se sigue tal camino, sino que se llaman las cosas por sus nombres propios; se demuestra cuán imposible y contra naturaleza es trastornar las esencias de las cosas; que es locura y obra de insensatos querer convertir la luz en tinieblas, llamando bien al mal y mentira á la santa verdad; que no puede darse unión ni avenencia posible entre el día y la noche, entre la virtud y el vicio. «De lo dicho, escribe el Sr. Manterola, se deduce que la tolerancia doctrinal, ó sea transigir en las doctrinas, es puro escepticismo. El escéptico nada cree, nada puede afirmar; y como nada sabe en un

orden superior al de la naturaleza, oye indiferentemente doctrinas contradictorias, mirando con igual desdén todas las creencias. Y llamando á todos á la tolerancia, predica la tranquilidad y la paz: la paz de la muerte, la tranquilidad del sepulcro.» Tal es precisamente la condición perversa y mentida de nuestros tiempos, conviene á saber: la predicación continua de paz inicua, caridad falsa y de prudencia de la carne. «Mezclan la paz con todos, decía ya en su siglo el célebre apologista Tertuliano, porque nada les importa la diversidad de creencias.»

No importa que, como Luis Megía en su celebrado *Apólogo de la ociosidad y del trabajo*, vea el hombre honrado y laborioso «las ignorancias en el poner de las leyes y los hacedores de ellas ser los primeros transgresores; ni que el robo y garcisobaco se sienten ocupando tribunales de justicia; ni que todo el derecho esté en las armas; ni que las leyes son contra los flacos, como las telarañas contra las moscas; ni que todo lo veamos lleno de abominaciones, todo lleno de maldades, todo lleno de fe rompida y traiciones, todo lleno de amor de dinero»; ni aun siquiera que el mundo oficial bárbaramente vuelva la espalda al mismo Dios y lo niegue en la enseñanza; en el libre paso á todo error y en el desprecio por mil caminos á la Iglesia católica, donde se profesa la única Religión verdadera; nada importa todo eso; la moda es hoy clamar á gritos: paz, paz, tolerancia, caridad, prudencia, unión con todos, sean lo que se quiera sus ideas religiosas y políticas. Con el cual proceder no se aviene el señor Manterola en sus *Afirmaciones*, sino que, al contrario, en los capítulos de la primera parte demuestra con pruebas claras y contundentes, tomadas de las divinas letras de entrambos Testamentos, de la autoridad de los Santos Padres y apologistas católicos antiguos y modernos, y, finalmente, de la misma razón humana, que es cosa inicua y absurdísima el tolerar errores y perversidad.

En la manera indicada prueba allí el conocido Prebendado de la Iglesia Primada contra Mr. L. Aimé Martín, extraviado autor francés de los que ocupan cátedras de pestilencia, cómo la intolerancia de la Iglesia católica emana directamente de los Evangelios santos; cómo á grandes gritos la vemos reclamada por la misma razón; cómo es además benéfica y humanitaria, y cómo, en fin, la intolerancia no encadena, ni oscurece, sino que alumbra y comunica bríos y vuelo á la sana y recta razón. Por supuesto que, dilucidando estos puntos, declara y prueba bien el Sr. Manterola que el racionalismo de nuestros tiempos está constituido por gentes en realidad enemigas de la humana razón. Y porque nada faltase de tan importante materia en la obra que vamos estudiando, recibe también su merecido en ella el protestantismo, padre del racionalismo, porque aparece allí igualmente convencido de sistema absurdo y reñido con la misma facultad de raciocinar.

Viene luégo, tras la primera parte de las *Afirmaciones*, la segunda, donde el autor discurre sobre un punto siempre nuevo é interesante, por más que lo hayan puesto en tela de juicio los escritores protestantes y los heterodoxos de casi todos los siglos cristianos. Tal es el celibato eclesiástico con sus ventajas y utilidades sociales y provecho individual. Con justa razón y cabal derecho afirma el docto Prebendado de Toledo que el celibato del clero católico es tan antiguo como la misma Iglesia, mostrándolo claramente enseñado en las Epístolas de San Pablo, y practicado por virtud de robusta legislación en los tiempos que llamamos apostólicos. Toda esta segunda parte del nuevo libro, que componen once capítulos, es de grande interés y de mucha actualidad, ya que en nuestros mismos días no es raro tropezarse en tertulias ó visitas con la ignorancia unas veces y la herejía otras, enseñando magistral y seriamente que el clero católico debiera ser casado y seguir los caminos de los demás hombres, ya que tal reclama el desarrollo de la humanidad y el bien de los pueblos.

Todo lo cual no pasa de ser simple repetir de lo que á cada momento lee nuestra desdichada sociedad en periódicos revolucionarios y publicaciones impías con que diariamente se apacientan muchas familias piadosas y aun católicas, que las reciben en sus casas suscribiéndose á ellas sin remordimiento alguno de la conciencia. El diligente y estudioso autor de las *Afirmaciones* responde cumplidamente, no ya sólo á las infundadas y ligerísimas opiniones del periodismo heterodoxo, sino á todos y á cada uno de los argumentos, sin duda sofísticos, que desde Lutero acá viene apuntando la ciega impiedad de protestantes y racionalistas contra el celibato y limpieza santa de las religiosas y del clero católico. No queda

1 *Afirmaciones católicas*, cap. II, pág. 32.



en los capítulos de esta segunda parte sin el debido esclarecimiento, ni la legislación y práctica constante de la Iglesia oriental y occidental sobre esta materia; ni el juicio que sobre tal punto emitieron varios escritores protestantes; ni cuantas ventajas reporta la moral pública de la pureza que el pueblo admira en los ministros del Señor; ni el precio y valor grandísimo en que la tiene la ciencia moderna que intitulamos económica; ni, en fin, otras cuestiones sobre lo mismo que han de interesar sobremadurera a los lectores, avalorando grandemente el libro que las encierra.

Tiene su comienzo la tercera parte de las *Afirmaciones* en la pág. 409. La cual postrera parte es más varia y quizá más amena que las dos precedentes. Algunos de sus capítulos son ya conocidos del público, pues que sustancialmente corren impresos en hojas volantes que el ilustre autor publicó en años anteriores, aunque no con la riqueza de datos y pruebas histórico-filosóficas que ahora presentan

como término precioso del nuevo libro. Quien intentare poseer lucido y bien repleto arsenal de armas forjadas en el yunque del divino y humano saber para debelar y vencer á los enemigos de la verdad y tradición veneranda de nuestra santa Religión, lea detenidamente los capítulos de esta tercera parte de las *Afirmaciones católicas* del señor Manterola. Porque con sólo ello no le faltarán razones sólidas con qué responder á los enemigos, siempre ciegos por sofismas y pasiones, del primado y autoridad sagrada del Romano Pontífice; podrán asimismo defender con la Iglesia el culto debido á las imágenes de Jesucristo, de la Madre de Dios y de los Santos, su invocación é igualmente la veneración de sus reliquias. Tiene allí capítulos especiales la doctrina sobre el Purgatorio y las indulgencias, que tanto combaten los herejes, protestantes y sus descendientes los libre pensadores. Trátanse después cuestiones tan palpitantes como las habidas sobre el tribunal del Santo Oficio ó la Inquisición,

y los debates sobre Galileo, aunque de este último omite el Sr. Manterola, siguiendo rumbo distinto, los juicios críticos que de esta materia, al publicar el proceso original, han emitido los sabios católicos de Francia, y muy posteriormente de Alemania, entre los cuales resalta en gran manera el Padre Grisard.

Explicada satisfactoriamente la eternidad de las penas y la existencia del infierno, entra el autor de las *Afirmaciones* en la cuestión de actualidad suma, conviene á saber: la infalibilidad del Romano Pontífice, donde nuestro ilustre Penitenciario muestra su saber y conocimientos de teólogo, dialéctico é historiador. Las dificultades, ya harto viejas, que acerca de los papas Liberio y Honorio suele presentar la pertinaz ignorancia de algunos heterodoxos, se desatan y declaran cumplidamente en el capítulo IX de que se va tratando. Expone después el nuevo libro, y por cierto muy oportunamente, la verdadera doctrina acerca del poder temporal de

#### RUINAS DE ESPAÑA.



CASTILLO DE CALATRAVA.

los Papas, demostrando su mucha necesidad para la independencia y libertad de la Santa Sede en el gobierno espiritual del orbe católico. Y digo oportunamente, porque en nuestros mismos días se intenta sancionar por vía de hecho consumado aquello que siempre será en la conciencia de los católicos del mundo entero horrible sacrilegio perpetrado á cañonazos contra la Puerta Pia, el cual sostiene en inquietud continua y latente la seguridad de los tronos y pueblos europeos. Por último, acaba su libro el Sr. Manterola con un capítulo sobre el augustísimo Sacramento del amor, donde adoramos al mismo Dios presente, vivo, siempre dispuesto por incomprensible dignación suya á penetrar en el mísero aposento de nuestros pechos para enriquecernos con su graciosa amistad y los tesoros de su vida divina.

Digno remate de la nueva obra las *Afirmaciones*, que se recomiendan por sí solas á todo español amante de nuestra santa Religión y de la patria.

JOSÉ FERNÁNDEZ MONTAÑA  
Presbítero.

#### CONDENACIÓN DE UN DISCURSO UNIVERSITARIO

NÓS EL LIC. D. ANTONIO TIBURCIO ACEVEDO, DIGNIDAD DE ARCIPRESTE DE LA SANTA IGLESIA PRIMADA, Y VICARIO CAPITULAR GOBERNADOR ECLESIASTICO DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO, SEDE VACANTE.

##### Circular.

**S**OBEBIA satánica, iniquidad horrenda y criminal es negar el hombre, mísera criatura, lo que enseña Dios, sapientísimo y omnipotente criador de todas las cosas visibles é invisibles. Intento solo y exclusivo del averno debe ser atreverse la ignorancia con la sabiduría misma por esencia, queriendo destruir la naturaleza de las cosas y los fundamentos imperecederos de la historia. El extravío lamentable de falsos cristianos, la incredulidad de los impíos, y la política moderna basada en mentira y funesta libertad, unen hoy en día sus armas para combatir la única Religión verdadera, que es la católica apostólica romana.

Ponen unos la fuerza brutal y material contra el derecho que los cristianos tenemos de adorar á Dios y creer en su Verbo infalible y divino según su ley y eterna voluntad, y manejan otros la pluma

para corromper la verdadera doctrina con propósitos de aniquilar, si pudieran, la Religión de Cristo Crucificado. Nada les importa que las verdades negadas hoy por ellos estén sólida y profundamente defendidas y aseguradas en las obras inmortales de los Santos Padres, singularmente de San Agustín y el Angélico Doctor en los pasados siglos, y de autores tan celebrados entre los sabios modernos como el cardenal Wisseman, Bertrand, Vigouroux, Pianciani, Mazzella, Moigno y tantos otros de fuera y dentro de España que en estos mismos tiempos han dado y siguen dando á luz escritos llenos de saber histórico, exegético y científico, probando con seguros fundamentos que no hay oposición alguna, sino armonía perfecta, entre la Religión y la Ciencia. Ni les arredra la luz clarísima que en apoyo y confirmación de las Sagradas Escrituras de uno y otro Testamento arrojan las investigaciones geológicas, etnográficas, lingüísticas, arqueológicas é históricas en nuestros días, con las que no parece sino que el Autor de la Santa Biblia tiene marcado y providencial empeño en que sus hijos lean con propios ojos en las capas de la tierra inerte y en los monumentos de las edades más remotas las mismas verdades que han aprendido en las páginas de los libros santos.

Sólo así, y olvidando todo esto, se comprende



que hoy en día salga á luz y se tolere en la capital de nuestra nación, que se llama católica, un discurso como el compuesto por el Dr. D. Miguel Morayta, leído en la Universidad de Madrid en el acto de inaugurarse el curso académico de 1884 á 1885, y esto al amparo de falsa libertad, que no pueden ni deben tolerar sin hacerse cómplices las Autoridades correspondientes. Porque hay en varias de sus páginas doctrina heterodoxa, impía y anticatólica que el celo por la entereza de la Religión y nuestra Autoridad diocesana no pueden pasar en silencio sino dejando expuesta la grey cristiana que hoy gobernamos al venenoso pasto del citado discurso, y consintiendo en la muerte espiritual de las almas y la perturbación lamentable de las conciencias.

Así, pues, cumple á nuestro deber sagrado, que es velar por la integridad de la fe católica y la salud de las almas en este arzobispado insigne de Toledo, donde fué publicado y leído el escrito arriba dicho, declarar, en virtud de nuestra citada Autoridad eclesiástica

siástica y la censura de personas competentes deputadas al efecto, que el mencionado discurso del profesor Sr. Morayta contiene proposiciones en las que, salva la intención del autor, se pone en duda el diluvio universal<sup>1</sup>; la descendencia del humano linaje de la primera pareja Adán y Eva<sup>2</sup>; en que se confunde y revuelve nuestra santa Religión católica, pues no se exceptúa, con otras «religiones falsas, raquíticas en su origen y que al fin perecen» para dejar paso á las que sucesivamente van naciendo del solo entendimiento de los hombres<sup>3</sup>; en que se afirma y defiende la libertad absoluta del profesor en la cátedra sin más freno que su prudencia y razón individual<sup>4</sup>; y finalmente, donde se exponen doctrinas racionalistas encaminadas por su naturaleza á rebajar los dogmas sacrosantos del Catolicismo, ensalzar la moral de pueblos idólatras y apagar, por consiguiente, la llama de la fe cristiana en el corazón de los fieles.

Todo esto se imprime, se lee y enseña hoy públi-

camente sin rubor, ni dique alguno. ¡Como si el diluvio universal no fuera un hecho que nos enseñan las Sagradas Escrituras y corroboran los monumentos de la antigüedad más remota, la historia primitiva y las tradiciones de casi todos los pueblos del Oriente y Occidente! ¡Como si el origen que trae de Adán y Eva el género humano no constituyese igualmente punto doctrinal de nuestra santa fe católica, y sobre el que descansan los dogmas del pecado original, de la redención de los hombres, y los demás que se derivan de ellos por consecuencia necesaria!

¡Como si la verdadera ciencia geológica y arqueológica pudiera dar completo asenso, ni mucho menos, á las pretendidas edades de la piedra, del bronce y del hierro, cuando novísimos estudios y descubrimientos señalan con seguridad su coexistencia en épocas antiguas y aun relativamente modernas! ¡Como si no estuvieran ya triturados por nuestros sabios apologistas y la Antropología cristiana los demás ar-



SOLDADOS DE LA CABALLERÍA INDIA QUE FORMAN PARTE DEL EJÉRCITO INGLÉS EN LA GUERRA DE EGIPTO.

gumentos que llaman paleontológicos ó de las faunas, relativos á la propia materia! ¡Como si religión alguna entre las falsas pudiera competir con la de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que desde su nacimiento ostentó vida divina, luchando brazo á brazo con el judaísmo primero y con el mundo entero de la gentilidad después, venciendo el poder de los Césares, la vana sabiduría de los filósofos, la fuerza bruta de las armas, el horror de máquinas, instrumentos y fieras en el Circo romano y en todo el Imperio, saliendo prodigiosamente victoriosa del hierro, del fuego y de todos los tormentos inventados por el infierno; civilizando las hordas salvajes que la historia titula bárbaros del Norte; cultivando y salvando las ciencias y las artes á través de la Edad Media, y haciendo, en fin, que las naciones del gentilismo cayesen de hinojos ante Jesús de Nazareth crucificado!

Así que con toda verdad puede cantar la Iglesia nuestra madre aquellas palabras de San Pablo: *In nomine Jesu omne genuflectatur coelestium, terrestrium et infernorum*: al solo nombre de Jesús inclina la

rodilla cuanto existe en el cielo, en la tierra y en los abismos<sup>5</sup>.

Y por lo que toca á la libertad absoluta del profesor en la cátedra, no hay quien no vea, si conserva abiertos los ojos del espíritu, que es contraria á nuestra santa fe católica; y siéndolo á ésta lo es también á la razón, puesto que envuelve en sí misma la libertad absoluta de pensar, explicar, adherirse, escribir y propagar todo linaje de errores, absurdos y paradojas. Y todo esto reprueba la fe con su certeza firme en Dios, que es verdad absoluta; y también la sana razón, armada de los principios fundamentales é indiscutibles de la ciencia, que, á pesar de cualquiera libertad, ha de observar quien intente dar un solo paso en el terreno de filosofía y de todo saber.

Y es más; la libertad absoluta de enseñar, que ciertamente discutiremos siempre los cristianos, es depresiva de la misma razón humana; porque, si bien se piensa, la empobrece privándola de los conocimientos sublimes y maravillosos con que la fe católica alumbra nuestras inteligencias. Es inmoral, porque admite como buena y lícita la propaganda del mal, deja paso franco á los errores y atropella los derechos y respeto debidos á la inocencia y al candor de la juventud estudiosa y del pueblo incauto. Es detestable y digna de universal reprobación, porque nace comúnmente en gentes sin religión ni creencia alguna, y conduce en la práctica al escepticismo; y como es hija legítima del error, arrastra á sus partidarios, más ó menos tarde, á la negación de toda moral. Por eso enseña el Rey profeta: *Abyssus abyssum invocat*: un abismo llama á otro abismo<sup>1</sup>.

De modo que, bien considerado todo lo dicho, en la libertad absoluta de enseñar, con la prudencia particular del profesor y sin ella, cabe todo sistema

1 Discurso, pág. 7.

2 Discurso, pág. 8.

3 Discurso, págs. 17 y 18.

4 Discurso, pág. 90.

5 Ad Philip., cap. II, vers. 10.

1 Psalmo, XLI, vers. 8.



todo principio, todas las ideas buenas y malas, verdaderas y falsas. Con tal libertad pueden conciliarse perfectamente el comunismo, el socialismo, el nihilismo, el espiritismo, la libertad de cultos, la de política, de legislación social y manera de constituirse la familia, del matrimonio civil, y, en fin, todo aquello sin excepción que la prudencia del catedrático crea oportuno enseñar á sus discípulos. Por consiguiente, defender y tolerar la libertad absoluta del profesor en la cátedra equivale á defender y consentir la libertad absoluta de todos los errores, por absurdos y caprichosos que sean, tocantes á la verdad religiosa, al orden de la sociedad, á la razón humana, y, por decirlo de una vez, á cuanto existe en este mundo y en el otro.

Mas dejando ya de lado estas consideraciones y otras muchas favorables que del Concordato con la Santa Sede pudiéramos sacar, así como el artículo 11 de la Constitución vigente de España, donde se establece que la Religión del Estado es la católica, como magistralmente ha expuesto ya el sabio y venerable obispo de Avila; pasando por alto las consecuencias sobre enseñanza pública que de ahí se infieren con mucha facilidad y buena lógica, repetimos que el impreso denominado *Discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1884 á 1885 por el doctor D. Miguel Morayta, catedrático de Historia universal de la Facultad de Filosofía y Letras*, contiene enseñanzas contrarias á la doctrina de nuestra Santa Madre la Iglesia, en las cuales se leen proposiciones ahora erróneas, ahora heréticas, que pugnan con la Sagrada Escritura unas, y con el común sentir de los Padres y de la tradición otras; y en su vista, no sin protestar antes contra tal enseñanza, en nombre de la verdadera ciencia, del sentimiento católico ofendido, y de las madres cristianas escandalizadas y temerosas del triste porvenir de sus hijos; habida consideración á la censura de personas graves y exornadas con los grados académicos que el derecho prescribe; lamentando profundamente la tolerancia dispensada al predicho discurso, regalado con profusión á los escolares de la primera Universidad de España para mayor vilipendio de la verdad y de la religión; salva siempre la intención de su autor, y atento solamente á la doctrina errónea y herética que encierra, haciendo uso de las facultades que por nuestra Autoridad ordinaria nos competen y el derecho nos concede, venimos en reprobar y condenar las proposiciones heréticas, así como todos y cada uno de los errores que en tal escrito se contienen, según el sentido que ofrecen y el mismo en que la Iglesia nuestra Madre los tiene ya condenados de antemano.

En su consecuencia, queda desde luego prohibida la lectura del mismo discurso á los fieles de este arzobispado por mandato expreso de nuestra susodicha Autoridad, encargando muy encarecidamente al celo de todos los curas párrocos y ecónomos del mismo que persigan con diligencia y no permitan la propaganda ó circulación del referido impreso en sus parroquias, recogiendo, en lo que fuere posible, cuantos ejemplares hayan podido llegar á manos de los feligreses, y nos los enviarán para los efectos consiguientes; y suplicamos, finalmente, á los padres y cabezas de familia, que en día no lejano darán cuenta muy estrecha á Dios de sus hijos y dependientes, que no consientan desde esta fecha en sus casas el predicho escrito, sino que le llevarán desde luego al respectivo párroco, conforme á nuestra orden y mandato.

Dada en Toledo á 8 de Noviembre de 1884.—  
LIC. ANTONIO TIBURCIO ACEVEDO.—Por mandato de S. S. I., Dr. D. José Fernández Montaña.

## FRANCISCO LENORMANT

### II

ESCRIBIR una biografía de Francisco Lenormant, equivale principalmente á trazar la historia de sus investigaciones y tareas, tan numerosas como variadas. No causará, pues, extrañeza si en este segundo artículo dedicado á su memoria nos ocupamos mucho en sus libros y en sus estudios de todo linaje, tanto más cuanto que desde su cuarto viaje á Grecia en 1866 parece haberse redoblado su actividad, ya tan grande, que no le permite dejar pasar un solo año sin publicar algún trabajo importante. Debemos hacer notar, no obstante, el cambio de dirección que desde aquella época imprimió á sus estudios. Hasta entonces había absorbido casi exclusivamente su atención la antigüedad clásica; pero estaba en la naturaleza de su carácter curioso é investigador el no estacionarse en ningún punto determinado de la cien-

cia, é investigar incesantemente y extender el círculo de sus sabias investigaciones. En 1865 había dado ya al *Diario Asiático* algunos *Estudios Paleográficos* que indicaban que su vista se había fijado en la civilización de Oriente.

En 1868 dió á luz Mr. Lenormant su *Manual de historia antigua de Oriente hasta las guerras de los medas*, haciendo desfilar á nuestra vista los grandes pueblos de Oriente: egipcios, sirios, babilonios, medas y persas, fenicios y árabes. En la tercera edición (1869) añadió el autor dos libros importantes: uno relativo á los primitivos tiempos de la humanidad, y el otro concerniente á los indios, completando de esta manera el cuadro.

La evidente utilidad de este Manual, contribuyó poderosamente al asombroso éxito de este libro. Mr. Lenormant tributaba un justo homenaje á los esfuerzos intentados hasta entonces en este sentido por algunos miembros distinguidos de la Universidad; pero era de opinión que aún podía darse á luz una obra más completa, reservada á literatos y profesores. Preparado por estudios especiales, y después de leer todas las obras francesas, inglesas y alemanas que se ocupan en los asuntos de Oriente y de sus ruínas, Mr. Lenormant se encontró más dispuesto que nadie para intentar en la enseñanza de la historia antigua esta reforma radical en su enseñanza, y el éxito de su libro demostró cuán feliz y oportuna era su tentativa.

Por lo demás, hagamos notar que este Manual fué, digámoslo así, su obra predilecta, que nunca perdió de vista y perfeccionó incesantemente, y hemos visto aparecer hace tres años (1881) una nueva edición, llevada á cabo con el mayor esmero. Propúsose su autor hacer de ella, en lo tocante á la historia de los pueblos de Oriente, la continuación de la hermosa obra que Mr. Duruy consagró á los romanos. Para conseguir este objeto escribió de nuevo su libro de un extremo á otro, poniéndolo en armonía con los progresos de la ciencia y enriqueciendo su historia con magníficos grabados escogidos por él y siempre tomados de las fuentes más auténticas. «Lo que la presente edición, escribía, presentará tal vez de más nuevo y original, es la parte que hace referencia á los grandes imperios que han florecido en las márgenes del Eufrates y el Tigris, y que tratan de su historia y su civilización...» ¡Ah! En este punto de su trabajo fué donde la muerte le sorprendió, y sobre las primeras páginas de este volumen, que debía ser consagrado á los sirios, fué donde su editor debió trazar estas tristes palabras: *Pendent opera interrupta!*

No pudo, pues, conocerse la última palabra de Francisco acerca de los antiguos imperios de caldeo y sirios; pero lo que todo el mundo sabrá, porque no dejó de repetirlo é imprimirlo, son las ideas cristianas que inspiraron las páginas de este Manual. «Soy cristiano, estampaba al frente de la primera edición, y lo proclamo en alta voz... Hijo sumiso de la Iglesia en todas las cosas necesarias, no por eso reivindicó con menos ardor los derechos de la libertad científica... En historia pertenezco á la escuela de Bossuet. En los anales de la humanidad veo el desenvolvimiento de un plan providencial que se contenía al través de todos los siglos y de todas las vicisitudes de las sociedades... Por lo que á mí atañe, como á todos los cristianos, la historia antigua entera es la preparación, como la historia moderna la consecuencia del divino sacrificio del Gólgota.» ¿Qué podré añadir á estas magníficas y tan cristianas palabras? Se ha podido y debido hablar, dice un sabio Jesuita belga en un artículo consagrado á la memoria de Mr. Lenormant, de los *atrevimientos* de monsieur Francisco Lenormant. Pero lo que sería injusto pasar en silencio, es la fiel sumisión profesada siempre por este gran talento respecto de las decisiones doctrinales de la Iglesia.

Mr. Lenormant partió para Egipto el año mismo en que veía la luz pública la tercera edición de su obra, el mes de Octubre de 1869, formando parte de la diputación de sabios y artistas que el virrey de Egipto quiso asociar á la inauguración del canal de Suez, á la que fueron invitados también los soberanos, literatos y hombres políticos para dar más solemnidad á este acto. Embarcóse en Marsella el 9 de Octubre, y desde el 11 reanudó aquella correspondencia diaria que había seguido con su madre, que se había quedado en Val Richer, en casa de Mr. Guizot.

Para él, no obstante, este acontecimiento era secundario; ante todo pensaba en sus estudios sobre Oriente, y regocijábale de ver sobre su país natal aquellos monumentos egipcios que sólo conocía por los libros y bajo los pálidos rayos del sol de Occidente. Escribía el 21 de Octubre: «Este viaje me interesa en extremo, é indudablemente me será de gran provecho. Los ocho días que acabo de pasar en el Cairo los he dedicado á recorrer todas las

mezquitas y en hacer un profundo estudio, que me será muy provechoso, de la arquitectura árabe... La navegación sobre el Nilo habíale entusiasmado por la hermosura y riqueza de los paisajes que hermocean sus orillas. «Hace dos días que navegamos sobre el Nilo, escribía á su madre, y estoy encantado al contemplar cuanto me rodea; cuánto me alegraría de que estuviérais á mi lado para admirar todo esto conmigo...»

Tenía también palabras de gratitud para el hombre ilustre á cuya inteligencia y perseverancia se debía la apertura del istmo de Suez, para Mr. Lesseps, quien, según decía, no podía ser más fino ni más galante con él, considerándole como de su misma familia. La hospitalidad del kedive era tan generosa como posible; aun harto generosa, porque se hacía un tanto molesta... «Yo tuve que imponerme una severa higiene en medio del lujo sibarítico que nos rodea, pagando el bajá 65 francos diarios en el hotel que ocupamos.»

La llegada de la Emperatriz fué un suceso que llamó mucho la atención de Francisco. «La Emperatriz, decía, no ha permanecido mucho tiempo en Nubia, bien porque estuviese enferma, ó bien por disgustada. Ayer la vimos marchar á todo vapor. Su regreso tiene las trazas de una derrota.»

Como se ha visto, el Manual tenía por objeto primordial poner á la vista de las personas ilustradas las grandes páginas de la antigua historia de Oriente. Pero en esta larga y difícil historia, sobre la cual habían reinado durante mucho tiempo las tinieblas, pues sólo empezaban á salir de su oscuridad, ¡cuántos puntos dudosos, cuántas fechas disputadas, cuántas listas reales incompletas!

Mr. Lenormant había aventurado en su Manual gran número de proposiciones, de las cuales la naturaleza misma de su obra y de sus lectores no le permitían suministrar las pruebas; pero él las debía á los sabios, á cuya autoridad frecuentemente se refería, y debíalas también á su reputación, que de día en día aumentaba. Así lo hizo en una serie de *Memorias autógrafas*, publicadas en 1871 y 72, que tituló *Cartas siriológicas y epigráficas acerca de la historia y antigüedades del Asia anterior*.

Estas cartas, en número de cinco, referíanse á la monarquía de los medas y á la sucesión de sus reyes, á la historia de Armenia antes de los armeníes, á las creencias y antigüedades de la Arabia antes del islamismo; finalmente, comprendían una especie de catálogo de los reyes de Babilonia y de Siria. Iban dirigidas á algunos miembros del Instituto amigos de Mr. Lenormant, y dedicadas especialmente á las cuestiones que estudiaba; las citas que contenían en todos los idiomas, demostraban la asombrosa erudición de Francisco.

La actividad de Mr. Lenormant era incansable. En 1872 todavía publicó una de sus más importantes obras bajo el modesto título de *Ensayo de comentario de los fragmentos cosmogónicos de Beroso*, según los textos cuneiformes y los monumentos del arte asiático. Sus estudios sobre Grecia y las civilizaciones orientales, le habían puesto á la vista una multitud de tradiciones antiguas que ofrecían notables analogías con los principales pasajes del relato bíblico relativos á los orígenes. Pero «entre todas estas tradiciones, la que ofrecía con el relato de los primeros capítulos del Génesis la más perfecta semejanza, el paralelismo más exacto y más continuado, era la que contenía los libros sagrados de Babilonia y de la Caldea»<sup>1</sup>. Francisco se propuso, pues, hacer un estudio completo de ella. Pero la época en que se dedicó á este trabajo, los textos cuneiformes acerca del diluvio, de la creación, etc., no se habían dado á luz, y el único manantial de datos era la obra de Beroso, sacerdote de Babilonia, quien bajo los primeros Seleucidas había escrito en griego la historia de su país desde el principio del mundo. Aun de este libro, titulado *Antigüedades caldeas*, no quedaban mas que fragmentos incompletos é incoherentes en su mayor parte, conservados por los cronistas. De este caos era de donde se trataba de sacar y difundir alguna luz.

Mr. Lenormant precisaba bien el principal objeto de este *Comentario* cuando escribía al terminarlo: «Sólo hemos estudiado en este tomo una parte de los fragmentos de las antigüedades caldeas, aquellos que se refieren á la cosmogonía, á la religión y á las tradiciones sobre las primitivas edades de la humanidad.» En hecho de verdad, en estas páginas eruditas, y destinadas particularmente á los especialistas, buscaba Mr. Lenormant la solución de cierto número de problemas relativos á los orígenes de la población caldea, al panteón caldeo-babilónico, y á todo un conjunto de tradiciones sobre el diluvio, la cuna de la especie humana, la torre de Babel, etc., que dimanaban de las tradiciones religiosas de Is-

<sup>1</sup> *Historia antigua del Oriente*, 9.<sup>a</sup> edición, t. I, pág. 18.



de Segovia, Canciller episcopal, para la Iglesia Catedral de Cartagena, en España.

En otro lugar insertamos la alocución consistorial, que, como todas las palabras de Su Santidad, son dignas de veneración, y que de aquí en adelante insertaremos sin faltar una.

La alocución, aunque breve, es notable, y ha causado gran impresión en la gente liberal, sobre todo de Italia. «*De Africa*, dijo el Papa, *bene in posterum sperare*». Estas palabras han sido y son muy comentadas, provocando nuevos ataques contra el Papado en la prensa del Quirinal, que se irrita de ver la impotencia de sus golpes para aniquilar el poder del Vaticano. Con este motivo han lanzado una porción de mentiras para llevar el desencanto a los católicos: han dicho que se habían roto las relaciones del Vaticano con Rusia, lo que no es cierto; que habían surgido nuevas dificultades en Suiza, lo que es al contrario; y que en Portugal sufría la Iglesia nuevos descabros.

Hé aquí lo único cierto sobre este punto. La Santa Sede ha protestado contra las exigencias absurdas del Gobierno portugués respecto del nuevo *placet* fijado en las esquinas contra los documentos pontificios, y particularmente en lo relativo a la Encíclica sobre la francmasonería; pero como esas exigencias se reducen a inferir una censura a los Obispos que no reconocen semejante derecho de *placet*, y como los Obispos tienen la firme resolución de no someterse, la cosa no irá más allá, hasta que el Gobierno portugués se vea obligado por la fuerza de las circunstancias a reconocer su error.

En lo tocante a la jurisdicción del Patriarca portugués en las Indias, y a la cuestión suscitada por el Gobierno de Lisboa respecto al nombramiento por parte de Su Santidad de un nuevo delegado para las Indias inglesas, de Mons. Agliardi, el Papa ha contestado al Gobierno portugués que este nombramiento no afectaba en nada a los derechos históricos de la Corona de Portugal al Patriarcado de las Indias, pues se trata de un delegado que depende directamente de la Propaganda, y que no ejerce jurisdicción propiamente dicha, sino una misión especial en nombre de la Santa Sede. Con este título ha sido preconizado Mons. Agliardi el 13 del corriente, y el dicho de la Agencia Stefani, de que el Papa había suspendido la ejecución del Breve en lo concerniente a la jurisdicción de Mons. Agliardi, es una pura invención.

Dos palabras sobre los *progresos* de la política del Quirinal.

En nombre de Satanás, así como suena, en nombre de Satanás, cuyo elogio hizo durante tres horas, ha abierto el curso de la Universidad de Roma el profesor Naunarelli.

La escuela infernal de Pretualli de la Gatina, como se ve, hace prosélitos.

Pero no es esto todo; *L'Unità Cattolica* de Turín habla de los propósitos que alimentan ciertos sectarios de Italia de organizar en Roma el culto a Satanás enfrente del culto católico. Es natural que los sectarios de Italia alimenten tales propósitos, y que el Gobierno del Quirinal conceda a esta nueva secta toda la libertad que a otras prodiga. Una vez admitido un principio falso, los Gobiernos, como los pueblos, se ven obligados a aceptar las consecuencias virtualmente contenidas en este principio, y los revolucionarios de Italia han admitido, no uno, sino muchos principios que les obligan a tolerar y a autorizar el culto de Satanás.

Lo notable es que este culto constituye una apología de la verdad católica, pues el que crea en Satanás por fuerza ha de creer en Dios, por más que, trocando las cosas, dispense al demonio la adoración que debe al Señor. Si no hubiera hombres con ojos, no habría ciegos.

Nuevas noticias vienen a confirmar el triunfo obtenido por los católicos alemanes en las últimas elecciones del Reichstag.

Hé aquí el resultado total: Centro católico, 111 representaciones; partido conservador protestante, 76; partido progresista, 66; nacional-liberal, 54; conservador-liberal, 28; socialista, 24; partido polaco católico, 16; alsaciano católico, 15; democrático, siete. El Centro católico vuelve al Reichstag aumentado con cinco diputados. Los conservadores puros han ganado 26 representaciones; los nacionales-liberales, muy protegidos por el Gobierno, han ganado 10. Los socialistas han duplicado el número de sus representantes. Por el contrario, los progresistas han perdido 38 representaciones, y los polacos dos. Reunidas todas las fuerzas católicas, suman en el Reichstag un total de 142 votos. Hay que agregar a estos votos los de los diputados agrarios, tales como el señor barón de Hornstein, que figuran

oficialmente en el partido conservador, aunque siempre están con el Centro.

En vista de este resultado, ¿qué hará Bismarck? ¿Irá al fin a Canossa? ¿Disolverá nuevamente el Reichstag? Los periódicos alemanes discuten estas diversas hipótesis sin llegar a un acuerdo. Sin embargo, la *Krenzzeitung*, órgano de los conservadores puros, escribe lo siguiente: «Si son tales y de tal género las dificultades que el Canciller encuentre en su marcha, la disolución del Parlamento se le impondrá como una necesidad.» Por supuesto, unas nuevas elecciones sólo servirán, hoy por hoy, para demostrar una vez más la inmensa fuerza y la estrecha unión de los católicos.

\*\*\*

Ya han comenzado las sesiones de la Conferencia de Berlín acerca de la colonización de Africa.

El Canciller está sentado en medio del lado exterior de la mesa central. Detrás de él, en otra aparte, están sentados los secretarios, señores Rian-dre, consejero de la embajada de Francia, conde Guillermo de Bismarck, y Schmidt, vicecónsul. A la derecha del Canciller está sentado el plenipotenciario de Austria, a la izquierda el de Bélgica, los cuales tienen a su lado, en la mesa central, a los representantes de Dinamarca y de España.

Al lado exterior de las mesas longitudinales están sentados: a la derecha, los plenipotenciarios de los Estados Unidos del Norte de América, de Inglaterra y de Holanda; a la izquierda, los de Francia y los de Italia.

Enfrente del Canciller, en el centro de la mesa de forma de herradura, está sentado el conde de Hatzfeldt, teniendo a su izquierda a un delegado francés y a su derecha un delegado sueco.

En el lado interior de la mesa longitudinal, a la derecha, están sentados los delegados de Turquía y de Rusia, y a la izquierda el de Portugal.

Las extremidades de las dos mesas longitudinales están ocupadas por los señores subsecretario Busch y consejero privado Kusserow.

En una de las paredes del salón hay un mapa de Africa de cinco metros de altura.

Sobre las mesas hay esparcidos en abundancia folletos, libros y mapas de Africa.

Constituida la Mesa, se ha nombrado una Comisión para que redacte un dictamen acerca de los puntos que han de tratarse, y especialmente en lo relativo a los títulos que alega Portugal al dominio de los territorios que posee en el Congo. Por ahora no se sabe más.

Más acerca de las elecciones de Holanda.

En la nueva Cámara, la antigua minoría, hoy convertida en mayoría, se compone de 20 católicos, 22 antirrevolucionarios y tres conservadores.

La posición del Ministerio queda así fuertemente consolidada. Antes se sostuvo por las divisiones y discordias de los liberales. En adelante se sostendrá por estas divisiones y discordias, y por el apoyo decidido de sus amigos y partidarios.

La composición actual del Ministerio, es la siguiente: Heemerk, jefe del Gabinete, ministro del Interior, conservador moderado; el barón de Belinchaux, conservador protestante, ministro de Justicia; Grobke, conservador protestante, ministro de Hacienda; Docs de Villebois, católico, ministro de Negocios Extranjeros; Bergh, católico, ministro de Fomento; Sprenger, liberal moderado, ministro de Ultramar; general Westsel, católico, ministro de la Guerra; Talmankip, conservador protestante, ministro de Marina.

Antes de la constitución de este Ministerio andaban siempre divididos los católicos, y esto daba gran fuerza a los liberales, que así se conservaban en el poder.

Gracias a la intervención de algunas personas de buena voluntad se unieron los católicos, y con su apoyo y la división de los liberales fué posible constituir un Ministerio de conciliación en que se dió a los católicos tres carteras.

Las últimas elecciones, como ya hemos dicho, han robustecido la posición del Gabinete, compuesto de conservadores protestantes y de católicos, y puede y debe esperarse que ahora se dará mayor participación en el poder al partido católico, sin el cual no podría vivir un día parlamentariamente el Gobierno.

La República francesa no da a su país el crédito que le dió la Monarquía; pero en cambio le da nuevas cargas y tributos.

Ahorrada la asignación del monarca, y cercenado el presupuesto del culto y clero, los franceses han visto aumentar el déficit de su Hacienda pública, y este año pagan bastantes millones más que el anterior.

Y ¿a qué se debe esto? Pues muy sencillo: se debe a que sólo en dos departamentos se han gastado este año, y se gastarán en los sucesivos, 100 millones de francos más de sueldos que en los anteriores; se debe a que en los ministerios se han creado 10 nuevas direcciones, 19 subdirecciones, 31 plazas de jefes de sección y 74 de subjefes; se debe a que en el negociado de Bellas Artes hay 30 jefes para 20 subalternos; en el de Cultos, 20 jefes para 31 subalternos; en el de Contribuciones directas, 11 jefes para 19 subalternos; en el de Registro, 36 jefes para 42 subalternos; y en el de Manufacturas, 15 jefes para 22 subalternos.

Así, poco a poco, se van acercando en Francia al bello ideal, que consiste, por lo visto, en que haya más jefes que subalternos, como medio de llegar a que haya más empleados retribuidos que contribuyentes.

Con algunos años más de gobierno republicano, Francia se queda sin camisa.

La guerra con China está, según dicen, a punto de terminar; pero la famosa indemnización de guerra se queda en la lengua de Mr. Ferry y consortes.

China accederá a la ejecución del tratado de Tieu-Tsin, y Francia ocupará a Kelung hasta la completa evacuación del Tonkín por las tropas del Celeste Imperio. Estas son las bases generales; no faltará algún cabo suelto que vuelva a enredar la madeja.

Para que se vea lo que significa la famosa *libertad de la cátedra*, hé aquí una declaración del profesor belga Laveleye con motivo de su renuncia del cargo de vocal de una Asociación estudiantil:

«Si en economía política pertenezco a la extrema izquierda del socialismo, en política, respecto a Bélgica, soy resueltamente opuesto al progresismo.

«Mientras que la instrucción obligatoria no se practique durante muchos años, considero la extensión del sufragio como un peligro para la libertad.»

Más claro: el Sr. Laveleye quiere enseñar a la juventud, y sólo cuando haya formado una generación a su gusto con el dinero de los católicos belgas, dará a los belgas el derecho de gobernarse.

Mientras tanto, proclama como necesaria la tiranía.

Esta declaración es una prueba fidedigna, por proceder de un socialista, de que en Bélgica los católicos son la mayoría y los liberales una minoría tiránica.

Sobre el gran suceso para la Iglesia anglo-americana de que acaba de felicitarse el Papa en su última alocución consistorial, leemos en un periódico italiano:

«El Concilio que dentro de este mes debe celebrarse en Baltimore, será uno de los más numerosos é importantes después del de Trento y prescindiendo del último del Vaticano. Tendrán asiento en el Concilio de Baltimore 88 Prelados, a saber: 13 Arzobispos, 60 Obispos y cinco Abades mitrados, a los cuales hay que agregar numerosos Provinciales de las Ordenes religiosas, Superiores de Comunidades y teólogos consultores de los Arzobispos y Obispos.»

Posteriormente el telégrafo nos ha comunicado la noticia de haberse abierto el Concilio bajo la presidencia de Mons. Gibbons.

Con motivo de este suceso vuelven los periódicos católicos norteamericanos a ponderar los trabajos llevados a cabo en aquel país por los Prelados y por las Ordenes religiosas, ayudados eficazmente por el celo y desprendimiento de los fieles.

Recogeremos un solo dato. El Arzobispo de Nueva York, ciudad cuyo vecindario es protestante en su mayoría, ha bendecido recientemente una capilla destinada al asilo de Niños abandonados, asilo cuya ala principal ha costado más de 200.000 dollars; es decir, más de cuatro millones de reales, y ha recogido en los últimos quince años más de quince mil niños, recogidos casi todos en las aceras de las calles ó en las escaleras del mismo establecimiento caritativo, que hoy cuenta con mil setecientos niños, cuya edad varía entre un día y dos años. Cuando estos niños cumplen los dos años, las Hermanas de la Caridad les envían con familias de su confianza, que les adoptan por hijos, y que ordinariamente les ocultan el secreto de su triste nacimiento.

Grande es la corrupción de los Estados Unidos; pero en la medida de su mal aumentan los auxilios de la Iglesia.

¡Oh Iglesia bendita, tú eres la verdad y la vida! ¿Qué serían sin tí de los miserables hijos de Adán?

M. RIERA.



## POLITQUERÍA ANDANTE



A he tenido ocasión de decir á ustedes que no me gusta la política.

Lo que no he dicho es la razón ó las razones que tengo para que la política no me guste.

Tampoco voy á exponer ahora esas razones; en primer lugar, porque nadie puede exponer lo que no tiene, y yo no tengo, sinceramente hablando, ninguna razón valedera que alegar en favor de mi instintiva aversión á la política.

Voy creyendo que me sucede con ese fruto del árbol de la ciencia gubernamental lo que les pasa á muchos con ciertos manjares: que dicen que no les gustan sin embargo de no haber llegado jamás á probarlos.

De todos modos ya soy demasiado viejo, y por ende me quedan pocos dientes, para que vaya á caer en la tentación de morder la manzana, en la esperanza de que el paladar y el estómago la reciban con agrado.

Pero como no soy sistemático, no puedo menos de reconocer que algo y aun algos debe haber en la política para que tantos hombres se enganchen en sus banderines, se consagren á su servicio, la sacrifiquen su reposo y sus afecciones, y se vayan tras ella por montes y vericuetos.

Algo positivo y de carne y hueso debe haber tras esa sombra de contornos indeterminados y de vagas apariencias, cuando hay gentes que hacen de la política una profesión ó un oficio.

Esto me da á entender, ó que la política es por sí sola un oficio más fácil de aprender y más lucrativo que el de zapatero, albañil ó zurrador de pieles, ó que ejerce sobre las gentes una influencia irresistible que trastorna las cabezas, perturba los corazones y entorpece los movimientos de los que van á hacer libaciones en su cantina.

Es indudable que los hombres se emborrachan de política como se emborrachan de vulgar aguardiente ó de aristocrático Champagne.

De otro modo no podrían explicarse ciertos hechos que pasan á nuestra vista.

Tales procederres ó genialidades ó manifestaciones, que serían risibles, censurables ó estrambóticos en un hombre á secas, parecen naturales, sencillos y corrientes en un hombre político.

Un hombre decente se dejaría morir de hambre antes que acudir á las casas de sus amigos y conocidos en demanda de ciertos favores ó servicios; pero ese mismo individuo, si es ó aspira siquiera á ser hombre político, no cree rebajar su dignidad yendo de puerta en puerta á pedir, suplicar, rogar, instar y mendigar votos para la diputación á Cortes.

Un hombre serio no consentiría en exhibirse en la plaza pública, sobre una mesa, para recomendar á las gentes el amor al trabajo, la obediencia á las leyes, el respeto á la propiedad, etc., etc.; pero si en vez de ser hombre serio es hombre político, tendrá á gloria arengar á las masas desde un carruaje tirado por cuatro correligionarios, excitándolas á defender los derechos políticos, á sacudir el yugo de la tiranía, á reivindicar las consabidas conquistas y los sacrosantos fueros, y la autonomía aquélla, y la inmundidad ésta, y la constitución estotra.

En política, por lo poco que de ella voy conociendo en mis postrimerías, lo cómico resulta grave, lo absurdo lógico, lo extraordinario sencillo, lo bufo sentimental.

En política, el legendario hidalgo manchego es un tipo de actualidad, y el gobernador de la insula Barataria podría ser gobernador civil de primera clase.

Cayó la caballería andante bajo la maza del ridículo, blandida por un manco que sabía donde tenía su mano derecha. Hoy la ha reemplazado la política andante, que realiza todas sus hazañas con la mano izquierda.

¡Oh! Si yo no fuera manco del entendimiento, ¡con qué entusiasmo me daría á poner en coplas los hechos de los Quijotes modernos!

Pero yo no los pintaría con lanza y adarga, armados de acero, montando briosos cuartagos, recorriendo carreteras y espesos montes en demanda de aventuras que cumplir, entuertos que enderezar, gigantes que acometer, malandrines que ferir y doncellas ó viudas que acorrer.

La misión de nuestros Quijotes políticos es menos fatigosa, menos arriesgada, menos caballerescas y menos ocasionada á ayunos, penitencias, magullamientos, tajos y reveses.

Hoy el político-andante lleva, en vez de lanzón, junquillo con puño de oro; en lugar de cota de malla, americana de tricot; en sustitución del yelmo de Mambrino, sombrero hongo, y en reemplazo de la tajante espada, cartera de viaje de cuero de Rusia.

Hace sus jornadas por ferrocarril, en coche de

primera, sin temor á las inclemencias del cielo ni á los peligros de la tierra; duerme sobre blandos cojines; se alimenta con jamón de York, salchichón de Cambridge, lengua á la escarlata y pastel de liebre.

En lo que tiene alguna más semejanza el Quijote político con el héroe manchego, es en que combate fantasmas; que no otra cosa quiere decir eso de perseguir ideales, luchar por principios, arremeter fines y alcanzar objetivos.

El campo de batalla que prefiere el político andante es el teatro ó el casino de la localidad elegida para sus correrías, y las armas que emplea con preferencia son aquellas que constituyen el arsenal de un comedor bien surtido.

En estos combates, que bien merecen el nombre de singulares, no corre más sangre que el Burdeos, Valdepeñas, Jerez y Champagne.

Domeñado el último enemigo, esto es, devorado el último plato, empieza verdaderamente la misión del Quijote político, después de un acto conmovedor en el que se concentran la expectación y la ansiedad del público. Este acto, siempre aplaudido como los de un drama de Echegaray, se llama *des-tapar el Champagne*.

Nuestro Quijote se recoge en sí mismo, masculando mentalmente los períodos más rotundos del discurso que lleva aprendido para improvisarle en la ocasión; imprime á sus músculos faciales la tensión necesaria para producir una cara grave; se encomienda á la Dulcinea de sus pensamientos, que ha de llevarle un día al himeneo del poder, y espera á que terminen los escarceos oratorios de otros campeones de su bando, que desempeñan en estos espectáculos el mismo papel que los *cornichons*, aceitunas y rábanos en el banquete: abrir el apetito.

El entusiasmo va corriendo entre los comensales á medida que las copas del espumoso licor van corriendo de mano en mano; pero se contiene en límites prudentes y se gasta con economía, á fin de que quede bastante remanente para arrojarlo como un chaparrón sobre el héroe de la fiesta cuando dé la señal el maestro de ceremonias.

El público que no come aplaude á los oradores que han comido, y querría comérselos á besos si quiera por comer algo.

No faltan tampoco comensales que, al levantarse para brindar, se comen las palabras, demostrando así que aún les queda algún apetito.

Por último, cuando se han acabado los manjares, los postres, los vinos y los discursos de peleón, empieza el discurso del político andante, que ha de ser por necesidad más alcohólico, más encabezado, más capiteux, como dicen los franceses, que los discursos de los oradores que le han precedido en el uso del Champagne y en el abuso de la palabra.

Al ponerse en pie es saludado con un aplauso unánime, primera circunstancia que denota la mayor jerarquía política del andante; porque el aplauso otorgado á cada uno de los anteriores brindis no pasaba de coronel ó brigadier, y este otro es ya un aplauso general.

Sigue otro aplauso al extender el brazo cuya mano empuña, á guisa de cetro de la elocuencia, la copa de *Sillery mousseux*. Un aplauso nuevo resuena cuando el orador pronuncia la primera palabra, que es seguida de otro aplauso, tras el cual viene otra frase interrumpida por otro aplauso que se eslabona con la terminación del período oratorio... Aquí ya no hay aplausos, son aclamaciones.

Reanuda el misionero político su bien aprendida improvisación y prosiguen los aplausos, que ya no serán aplausos á secas, sino grandes aplausos, prolongados aplausos, vivos aplausos, nutridos aplausos, calurosos aplausos, extraordinarios aplausos, frenéticos aplausos... y corten ustedes por donde quieran.

A medida que el orador sube de punto en su discurso, sube también algunos grados la temperatura de las manifestaciones de los oyentes, y cuando termina vienen los entusiasmos calenturientos, corrientes eléctricas de adhesión, paroxismos de sentimiento, estallidos de júbilo, explosiones de vitores, descargas de hurras y terremotos de patriotismo.

El éxito del político andante es completo.

Mientras enjuga el sudor de su frente, paseando una mirada de triunfo por el salón, se le acercan sus parciales y, rota toda disciplina, le estrechan la mano, le abrazan, le besan, le llenan de lágrimas la pechera de la camisa y le aclaman salvador del país por de pronto, y jefe ó individuo del Gabinete para la primavera próxima.

Convengamos en que el oficio de político andante es infinitamente más decoroso, más fácil, más socorrido y de más gloria que el de los caballeros andantes de otros tiempos.

El ingenioso hidalgo se avergonzaría de sus decantadas proezas, si resucitara y viera cuánto han cambiado, con las costumbres, los procedimientos de la andante caballería.

Todos son Quijotes, es verdad; pero ¡qué diferencia entre el de antaño y el de hogaño!

Todos van por esos mundos de Dios en busca de aventuras; pero el uno topa con yangüeses, galeotes, pastores, venteros y molimiento de huesos, y los otros con festejos, banquetes, músicas, aclamaciones, y más adelante carteras, embajadas, títulos de nobleza, títulos á la pública consideración, títulos de su apellido para las calles, y títulos de la Deuda pública.

No se puede negar que hemos adelantado mucho en este siglo, y que la profesión de caballero andante se ha elevado á un alto grado de importancia al cambiar de carácter para crear el tipo del Quijote político.

BLAS.

## LOS GRABADOS

MARINOS ILUSTRES.

El día 21 de Octubre se han cumplido ochenta y un años de la célebre batalla de Trafalgar, en la que, en aras del honor nacional, perdimos nuestra marina, convirtiéndola en una gran gloria lo que fué realmente desastrosa derrota.

Los nombres de nuestros marinos que mandaban la escuadra española á las órdenes del débil almirante francés Villeneuve, han pasado á la historia con la aureola de los héroes. Ingleses y franceses quedaron asombrados de tanto valor, de tanta grandeza de ánimo y de tan incomparable denuedo. Mandaba Alcalá Galiano el *Bahama*, y al ver avanzar al enemigo dirigió á los suyos esta breve arenga, señalando con la espada á la bandera: "Esa bandera está clavada." Y en efecto, el pabellón español se hundió con el *Bahama* en el fondo de los mares momentos después que una bala encañada arrebató la cabeza de su heroico comandante.

Churruca mandaba el *San Juan Nepomuceno*. Poco antes de la batalla escribía á su cuñado Apodaca: "Si sabes que mi navío ha caído en poder del enemigo, asegúra que he muerto." Y así fué, porque el bravo marino, herido mortalmente, se mantuvo en su puesto hasta que cayó sin vida.

Valdés mandaba el *Neptuno*, el cual, contraviniendo las órdenes del almirante francés, fué el primero en lanzarse á la pelea. Nuestros marinos no habían creído oportuna la batalla; pero una vez mandada por el jefe de la escuadra, quisieron dar ejemplo de valor y de lealtad.

Alava mandaba el *Santa Ana*, el cual, durante cinco horas, sostuvo un duelo á muerte con el *Royal-Sovereign*, haciendo fuego de cañón uno sobre otro á tan corta distancia que se tocaban sus vergas bajas.

Por último, Gravina mandaba el *Príncipe de Asturias* y la reserva, compuesta de doce navíos aliados; después de heroicos combates, en que se vió envuelto por el fuego enemigo, herido gravemente y perdida toda esperanza, como capitán prudente hubo de retirarse con diez navíos, que se salvaron de la derrota.

Perdimos en Trafalgar los navíos *Trinidad*, *San Juan Nepomuceno*, *Santa Ana* y *San Ildefonso*, de los cuales se apoderó el enemigo; pero el *Trinidad*, por efecto de sus averías, se fué á pique á las pocas horas, y el *Santa Ana* quedó libre de sus conquistadores merced al heroísmo de su tripulación, que, prisionera, desarmada y en el fragor de una imponente tempestad, logró rescatarlo.

El *Argonauta*, mandado por Pareja y el *San Agustín* por Cajigal, se hundieron en las olas, destrozados, como el *Bahama*, por la artillería inglesa; y el *San Francisco*, el *Neptuno*, el *Rayo* y el *Monarca*, naufragaron en los dos días sangrientos, haciéndose pedazos en la costa.

## EL CASTILLO DE CALATRAVA

Cuna de la insigne Orden militar de este nombre.

La Orden de Calatrava debió su origen á San Raimundo abad de Fitero, el cual se comprometió á defender la plaza de Calatrava contra las asechanzas de los moros, empresa á que no se habían atrevido los Templarios, sus antiguos poseedores. El rey D. Sancho III otorgó la donación de este lugar al Abad y á sus frailes de Fitero en el año de 1158.

Referir las vicisitudes porque pasó esta Orden y su castillo famoso, no entra en nuestro propósito. Sólo diremos que la decadencia y ruina de Calatrava comenzó en 1796, cuando el Consejo de las Ordenes pidió al Rey la translación del sacro convento de Calatrava á la villa de Almagro, súplica que no se realizó hasta el año de 1802.

## SOLDADOS DE LA CABALLERÍA INDIA QUE FORMAN PARTE DEL EJÉRCITO INGLÉS EN LA GUERRA DE EGIPTO

No puede dudarse que Inglaterra es hoy la primer nación colonizadora del mundo. Sus dominios son tales que exceden con mucho á los que lograron reunir bajo su cetro los antiguos reyes de Asiria y Persia, Alejandro y César, los romanos y los árabes.

Hé aquí explicado por qué en la India tienen un ejército de indígenas que reciben los títulos, honores y recompensas del ejército inglés. La caballería es una de las fuerzas principales, y se compone actualmente de 12.000 caballos.

## ASPECTO DE UN PUEBLO DE ANDALUCÍA

Nada más alegre y pintoresco que nuestros pueblos del Mediodía, donde parecen asociarse las costumbres cristianas con las tradiciones árabes, el carácter europeo con el oriental, la melancolía y la zambra de opuestas razas originarias de distintos climas. El sol meridional, cuyos rayos inflaman cuanto tocan; la espléndida vegetación, que en pocos días cubre de verdes hojas las rejas de las casas, las empalizadas de los jardines y la alfombra de los campos; los restos de las antiguas alcazabas árabes y de los monu-



mala manera. Los treinta grados de calor iban pudiendo más que mi filosofía, y me disponía á quedarme dormido cuando en lo lejano, en la vanguardia, oigo tiros.

Podéis pensar si me despertaría pronto...

Escucho: á cada momento parecía que se acercaban los tiros. Tal vez haya heridos allí, pero aquí seguramente hay más seguridad. Mientras que se entablaba en mí una lucha entre el sentimiento del deber y el de la conservación, veo desbandarse la mayor parte de la tropa, que iba huyendo. En el mismo momento mi cocheró deja su asiento y se esconde en una zanja. De un salto me lanzo á su lado, en el cieno y en el musgo, tanto más cuanto oía silbar ya las balas y resonar el grito de los insurrectos.

Cuánto tiempo me quedé allí, no puedo decirlo. Encima de nosotros se perseguían, se degollaban, se daban gritos de rabia; pero yo permanecía mudo, inmóvil; había escondido mi cabeza debajo de la soukmane de mi cocheró. En fin, siento que me mueven con fuerza en el hombro; levanto la cabeza, miro, y veo á mi lado un cazador polaco: «Levántate, cobarde; es menester que me sigas» — me dijo bruscamente. — Me levanté, subí el declive de rodillas; sentía que el corazón se me iba desgarrando de angustia; pero seguía sin chistar á este diablo de cazador, teniendo mi alma en la punta de su fusil. Ni uno de los nuestros en el camino: sólo algunos cadáveres tendidos por aquí y por allí. No habíamos dado diez pasos, cuando los rosyñers se echaban sobre mí percibiendo mi uniforme. Pensé que mi última hora había llegado, y cerré los ojos ante el brillo de las guadañas. «¡Atrás vosotros!» — les grita mi cazador. — «¿No véis que es mi prisionero? La persona de un prisionero es sagrada. Media vuelta, y abajo las guadañas.»

Dejamos el camino y entramos en un bosque lleno de árboles grandísimos. ¡Ahora sí que ha llegado mi última hora! — pensé con horror. — Este polaco no ha permitido que me hagan pedazos para tener él la satisfacción de ahorcarme. ¿En qué árbol me colgará? ¿No será en esa gran encina, ó más bien en esta rama, tan saliente y tan frondosa?

Y yo andaba, andaba siempre, levantando la cabeza con espanto hacia las ramas más sólidas, y sintiendo un alivio extraordinario cada vez que pasábamos uno de estos gigantes del bosque.

Al fin llegamos al medio del bosque, á un pequeño claro, en el centro del cual había un gran abeto. Al pie de este árbol estaba apostado un segundo cazador. ¡Ay! Ya he llegado — me dije — me ha perdonado la cuerda para fusilarme aquí. ¡San Nicolás, San Alejandro, recomendad mi alma á Dios! Quería pedir al cazador que me vendase los ojos, y ya había sacado mi pañuelo, cuando mi guía empieza á andar otra vez después de haber hablado quedo con su compañero.

Entramos en el bosque, y llegamos al fin á un pequeño pabellón de caza, ante el cual acampaban una porción de rebeldes, teniendo prisioneros á algunos de nuestros compañeros. No he tenido ni tiempo para despedirme de ellos con un último apretón de manos dado disimuladamente, porque mi guía me empujaba delante de él y me introducía en el pabellón. Entrando en él, mi imaginación estaba preparada para encontrar toda clase de cosas fúnebres; insurrectos armados hasta los dientes, puñales ensangrentados hasta el mango, revolvers cargados hasta la boca. Entro temblando, y veo... una mesa; sobre esta mesa... un almuerzo. Algunos oficiales de estado mayor estaban ya sentados; pero quedaba un cubierto vacío, y se apretaron para dejar un sitio en el banco. Al mismo tiempo, un hermoso joven, con el aspecto un poco duro, pero muy franco, se vuelve hacia mí, y señalándome el sitio vacío: «Sentaos» — me dijo sencillamente. — «Yo prisionero, sentarme delante de mis vencedores, faltar el respeto al estado mayor! Es imposible... saludo, y me quedo junto la pared.

— ¡Sentaos, qué diablo! Es tiempo de almorzar — me repitió en ruso.

Hubiera sido, á fe mía, impolítico, y tal vez peligroso, hacerse de rogar por más tiempo. Me siento, me sirven, y como... Por ejemplo, no podré deciros lo que he comido... En este momento almorzaba por mandato. Al fin del almuerzo se bebió un vaso de cerveza por la salvación de Polonia, y os confieso que yo brindé también. Entonces me rogó el joven jefe que me acercara á su silla.

— En el último combate — me dijo — hemos cogido treinta y ocho prisioneros, contándole á Ud. Para decidir de su suerte he reunido mi consejo. Y bien, no os lo oculto; algunos que yo conozco muy bien han opinado sencillamente porque os ahorquen. Pero la mayoría hace la guerra de agua de rosa, y han decidido otra cosa. Según el voto del consejo, estáis, pues, en libertad, vos y vuestros compañeros,

con tal que déis vuestra palabra de honor de no usar las armas contra nuestra patria. Sólo que váis á pagar vuestro rescate y vuestro escote, vos que sois doctor, curando nuestros heridos.

Os dejo el pensar lo suave que me pareció esa condición. Nunca he puesto tantos brazos en su sitio, ni consolidado las piernas con tanto gozo. Cuando hube acabado mi tarea me llevaron al joven jefe, que me presentó ese salvoconducto.

— Como los nuestros guardan el camino — me dijo — necesitáis ese pase para ir al pueblo más cercano. Podéis alejaros sin temor, puesto que estáis de aquí en adelante bajo la protección del gobierno nacional.

Tomé el papel, y percibí desde luego la firma: «Mlotek».

Entonces pasó una nube ante mis ojos, y faltó poco para que cayera de rodillas.

— ¿Y bien qué? — replicó él echándose á reír.

¿Habíais pensado que Mlotek era un ogro?

Lo que tenéis que procurar es no volver á caer bajo sus dientes. Id á decir á vuestros compatriotas que tenemos la sencillez de ser sinceros y la debilidad de ser humanos.

Diciendo esto volvió á abrocharse su cinturón y me volvió la espalda.

— ¡Según eso le habéis visto, le habéis hablado! — exclamó Alejandra, fijando sobre el cirujano una mirada de extraña inquietud.

— Sí, señorita; y sin embargo, aquí estoy sano y salvo. En resumen; es un hombre muy guapo, como he tenido el honor de decíroslo, y lo encontraría perfecto si fuera menos brusco y más político... Solamente que, cuando se está en guerra, no se tiene tiempo para ser sentimental.

— ¿Y á qué hora habéis dejado su campamento? — preguntó el coronel.

— Esta mañana á las seis, y he venido en posta. Estaban entonces en los bosques de Kory.

— Entonces es imposible que estén mañana por la mañana en el bosque de Kolski; los informes de los gitanos sobre este punto son inexactos. No atacaremos antes de mañana á la noche; la precipitación sería inútil. Buenas noches, mi Sacha; hasta mañana, amigos míos.

El cirujano se retiró el primero, saludando á sus huéspedes; é Ignatiew, á quien la exclamación de Alejandra había impresionado dolorosamente, salió repitiendo las últimas palabras del coronel.

(Se continuará.)

## PRECEPTOS CONTRA EL CÓLERA



Entre los numerosos preceptos que para precaverse del cólera circulan estos días en periódicos y revistas, los más interesantes son los que, precedidos de un luminoso informe, acaba de recomendar una Comisión científica de Milán, que ha estudiado la epidemia actual en los pueblos infestados de Francia é Italia.

Las principales conclusiones que se contienen en dicho dictamen, son las siguientes:

1.<sup>a</sup> El cólera no se propaga en el aire, porque los gérmenes del cólera mueren en la atmósfera.

2.<sup>a</sup> El cólera se propaga por las materias fecales, rara vez por el vómito.

3.<sup>a</sup> No siempre, sin embargo, lo propagan, por ejemplo, cuando están bien desecados, ó también cuando se hallan en un estado de putrefacción muy avanzada.

4.<sup>a</sup> Se puede, por lo tanto, aproximarse impunemente á un cólico, siendo necesario para coger la enfermedad que una cantidad cualquiera, grande ó pequeña, de materia fecal llegue al estómago ó al intestino por conducto de la boca.

5.<sup>a</sup> Es necesaria una predisposición á esta enfermedad; de otro modo, no se adquieren mas que cólicos ligeros.

6.<sup>a</sup> Las materias fecales llegan á la boca, ó directamente tocando con las manos ropas de cama ó mesa y objetos sucios, ó indirectamente por el agua potable, en la que los gérmenes se multiplican con mucha rapidez.

Consecuencia: beber sólo agua mineral natural, ó agua hervida, ó al menos agua de cuya pureza no puede dudarse.

7.<sup>a</sup> Si las manos están sucias de materias sospechosas, deben lavarse con una disolución de cloruro mercúrico al 1 por 100, con prudencia, pues es sustancia venenosa.

8.<sup>a</sup> Quien come ó ha comido demasiado, quien digiere con dificultad, está predispuesto al cólera. Es, por lo tanto, útilísimo el uso módico de la pepina ácida, que repara aquellos inconvenientes.

9.<sup>a</sup> El mejor, y puede decirse único remedio, es 15 gotas de láudano, que tomarán inmediatamente

después de sentir las primeras manifestaciones de la diarrea. Las dosis sucesivas deben ser reguladas por el médico.

10. Las moscas pueden llevar las materias fecales y del vómito sobre las frutas, verduras, etc., que por este solo hecho resultan peligrosas, aunque también pueden serlo lavándolas en agua que contengan microbios.

11. Apartar, por lo tanto, las moscas de todas maneras, usando especialmente tela metálica en las ventanas.

12. Suprimir completamente la costumbre de llevarse la mano á la boca. Mucha limpieza en las manos, y particularmente en las uñas, donde fácilmente anidan los microbios.

13. El cólera se ha presentado muy bien en esta última invasión. Muchos casos de simple diarrea adquieren, sin embargo, el carácter de cólera, y se puede, por lo tanto, contraerlo de una persona aparentemente inmune.

14. Se puede contraer el cólera nadando en agua infectada.

15. Reirse de todas las fumigaciones.

Estas conclusiones coinciden en gran parte con las dadas por el Dr. Koch, y la última viene en cierto modo á armonizarse con la teoría profesada por el Dr. Marce Daoy acerca del poder que tienen los desinfectantes como microbicidas. Sienta éste como base de su teoría la hipótesis — que dice haberle comprobado la experiencia — de que en general los desinfectantes no matan en absoluto los gérmenes cólicos, sino que suspenden su acción por un tiempo demasiado corto, y que al desaparecer este medicamento, los gérmenes continúan la serie de sus evoluciones.

Fundándose en esto Mr. Miquel, del observatorio de Montsouris, ha clasificado los desinfectantes en los grupos siguientes:

Coloca en el primero todas las sustancias *eminente* *antisépticas*, como las aguas de mercurio y de plata y el agua oxigenada, siendo entre todos ellos el mas enérgico el ioduro mercúrico, que á la dosis de 25 miligramos destruye todo fermento en un litro de caldo; en el segundo las sustancias *muy fuertemente antisépticas*, cuales son el cloro, el bromo y el iodo; el tercer grupo encierra todavía sustancias *fuertemente antisépticas*, pero que en vez de matar suspenden tan sólo el desarrollo de los gérmenes, y á su cabeza se encuentran los ácidos salicílico y fénico, los cuales á la dosis de un gramo por litro detienen toda fermentación; el cuarto grupo, que comprende los *antisépticos*, está formado por el cromato de potasa, cloruro de zinc, los ácidos nítrico, sulfúrico y fosfórico, el salicilato de sosa y sulfato de peróxido de hierro; y, por último, en el quinto grupo coloca aquellas sustancias cuya acción es muy limitada, como el borato de sosa y el cloruro de bario, á las que da el nombre de *medianamente antisépticas*.

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Temple del vidrio.* — Son variados los procedimientos seguidos para templar el vidrio y conseguir que resulte más elástico y resistente el choque con cuerpos duros. Entre ellos merece consignarse el del ingeniero francés, Sr. Leger, que emplea para ello el vapor, y puede aplicarse á toda clase de objetos de vidrio. La consistencia que adquiere es tal, que se han construido de vidrio templado así, traviesas y cojinetes para los caminos de hierro. Para templar el vidrio se coloca en moldes revestidos interiormente de tela metálica, para que el vapor pueda circular y sea uniforme la temperatura. El vidrio así preparado tiene la misma resistencia práctica que la fundición de hierro.

*Progresos de la aerostación en Rusia.* — *El Herald de San Petersburgo* anuncia que, en vista de los primeros viajes realizados en Francia con el globo dirigible de los hermanos Renard, el capitán Kostowitz, que trabaja en aquel Imperio por cuenta del Estado en persecución del mismo problema, se lanzará á los aires de un momento á otro con el globo de su invención.

El aparato tiene también la forma de un cigarro, de 200 pies de largo por 80 de diámetro; tan enorme globo será capaz de llevar 16 personas con su equipaje, 250 sacos de arena para lastre, y una máquina de 50 caballos nominales, la cual moverá una hélice y dos alas.

El artificio habrá de recorrer 40 millas por hora, y según noticias de Rusia, la ansiedad es allí extraordinaria por conocer el resultado de este nuevo prodigio, que, de tener un resultado satisfactorio,



será superior en consecuencia al alcanzado por los franceses, siquiera sean éstos los primeros que realmente figurarán a la cabeza en la historia de este feliz descubrimiento de la navegación aérea.

**Talleres Krupp.** — Es sorprendente la proporción que alcanza la fabricación en los grandes talleres de fundición de Essén, propiedad del Sr. Krupp, que surten á las principales naciones.

En 1860 la fundición de Essén sólo contaba 1.764 operarios; en 1870 ascendía el número de trabajadores á 7.084, y actualmente es de 20.000; si se incluyen las mujeres y niños de estos operarios, llega la cifra á 65.381, de cuyos individuos unos 20.000 habitan casas pertenecientes al dueño de la fundición.

Comprende el establecimiento los talleres de Essén, tres explotaciones de carbón en Essén y Bochum, quinientas cuarenta y siete minas de hierro en Alemania, varias minas de hierro cerca de Bilbao, los altos hornos, un campo para experiencias de tiro de cañón, varios terrenos para diversos objetos, y cuatro barcos de vapor para los transportes.

El número de altos hornos en explotación es de once, y hay además 1.542 de otras clases; existen 439 calderas de vapor, 82 martillos de vapor, 450 máquinas de vapor con una fuerza de 185.000 caballos. Sólo en Essén hay 59 kilómetros de vía férrea, 28 locomotoras, 883 vagones, 181 carreteras, 69 caballos, 65 kilómetros de telégrafo, 35 hectáreas y 55 aparatos de Morse.

**Trajes impermeables.** — Como es bueno prepararse para las lluvias del invierno y contra su inseparable compañero el reuma, vamos á recomendar dos sencillos procedimientos que hacen impermeables las prendas de vestir de uso externo.

Consíguese este resultado con el acetato de alúmina, que se obtiene á poco precio tomando en una droguería 500 gramos de alumbre y 500 de acetato de plomo, echando una de estas dos sustancias en una cubeta que contenga 16 litros de agua, y la otra en otra cubeta con igual cantidad de agua. Una vez bien disueltas, mézclense las dos disoluciones en una sola cubeta.

En seguida se formará un sedimento ó depósito, que será sulfato de plomo. Decántese el líquido, á fin de separarlo del sedimento. Este líquido será una disolución de acetato de alúmina. En él se introducirán y empaparán bien las telas que se desee hacer impermeables; sacándolas, y sin estrujarlas ni retorcerlas, se pondrán á secar al aire.

En esto consiste todo el procedimiento, que, como se ve, resulta sencillo y barato, puesto que con una tela cualquiera se reemplaza perfectamente el cauchuc. Nadie puede utilizarle como los cazadores.

El acetato de alúmina posee la propiedad de hacer impermeables las telas á que se incorpora, y con él se pueden afrontar las lluvias más fuertes, sobre todo si se prepara el calzado contra la humedad del siguiente fácil modo:

En agua de jabón espeso se introducen los zapatos ó botas durante algunas horas, y penetrando el jabonoso líquido en el cuero, forma un ácido graso que impide penetrar el agua y la humedad.

**Falsificaciones del azafrán.** — El azafrán se falsifica frecuentemente con agua, aceite ó miel, con limaduras de plomo, arena ó pétalos de saponaria, etcétera, recortados y teñidos.

El que está mezclado con agua ó aceite, mancha el papel cuando se le comprime ligeramente con

hasta la extremidad, que está como bilabiada y franjeada según Guibourt.

Se ha falsificado á veces el azafrán con fibras de carne muscular desecada. En este caso, echando un poco de azafrán sobre una badila de hierro caliente se esparce un olor á carne quemada, fácilmente reconocible.

**Nutrición.** — Los alimentos son preparados en la boca mecánicamente por la masticación ó trituración de los mismos por los dientes, y químicamente mezclándolos con la saliva que segregan glándulas especiales, la cual contiene, entre otras, una sustancia llamada ptialina, que goza de la propiedad de convertir la fécula en dextrina y en glucosa ó azúcar de uva.

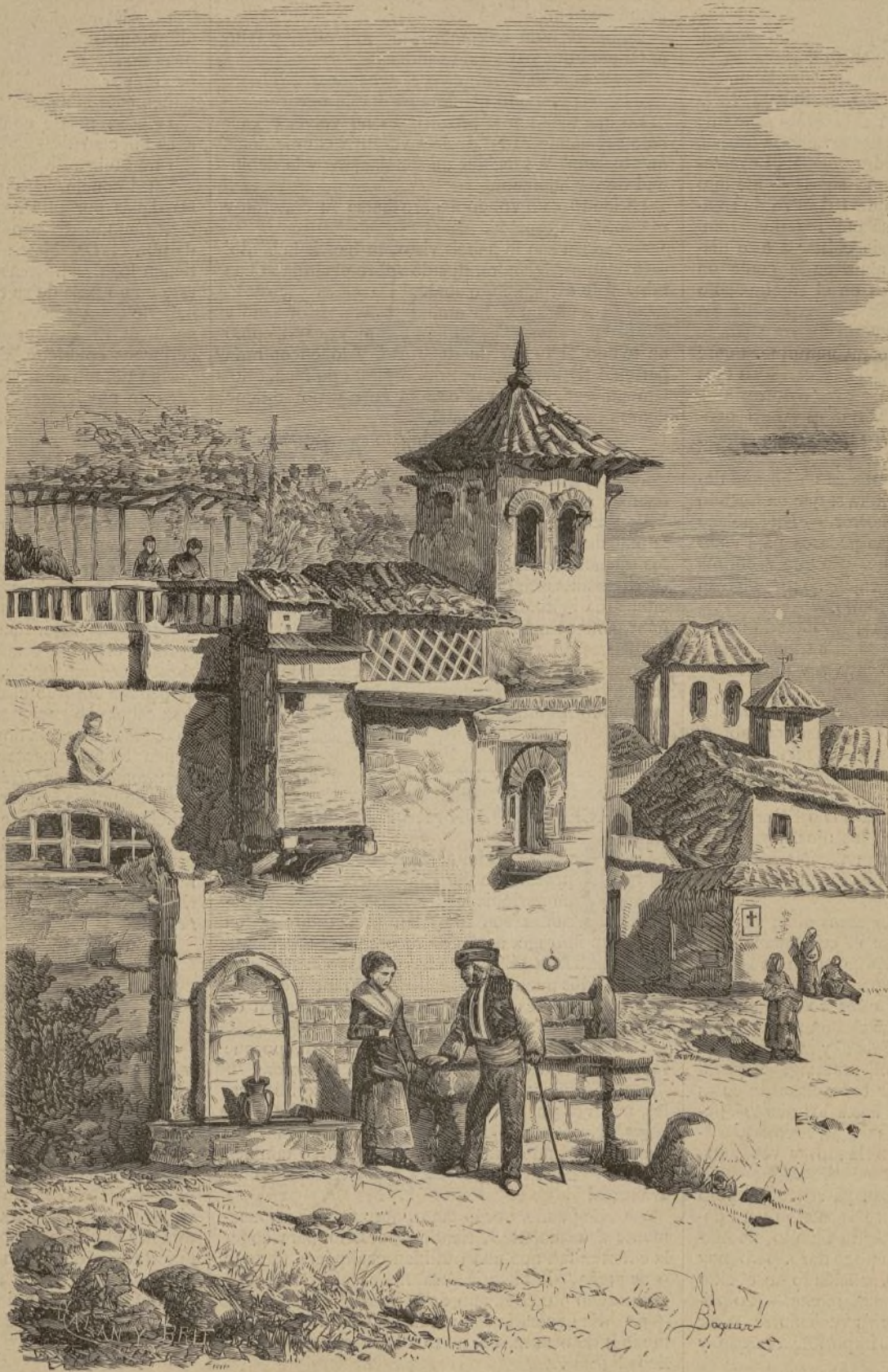
Masticados é insalivados los alimentos pasan al estómago, donde se mezclan con el jugo gástrico que segregan las caras internas de aquel órgano, cuyo líquido contiene ácido láctico y clorhídrico, sal común y una materia particular nitrogenada y sulfurada llamada pepsina ó gasterasa, especie de fermento ó levadura que divide y hace solubles los principios proteicos principalmente, transformándose los alimentos en una masa blanca en forma de papilla, ya bastante soluble, denominada quimo. A este resultado contribuye eficazmente la acción del ácido clorhídrico que resulta de la descomposición de la sal común dentro del cuerpo, y de aquí que ésta sea muy importante como digestivo.

Convertidos los alimentos en quimo, sufren verdaderamente otra transformación en los intestinos, concluyendo lasya en parte realizadas en el estómago y reduciéndose al verdadero jugo nutritivo, ó sea el quilo, cuya mayor parte soluble es absorbida por la mucosa intestinal y transportada por los vasos capilares al torrente circulatorio, convirtiéndose en la sangre, mediante la cual se constituyen todos los órganos animales, haciendo en ellos el efecto que la savia produce en los vegetales.

**El betún y la filoxera.** — El betún que sobrenada en las aguas del mar Muerto (Judea), se venía empleando de tiempo antiguo en toda la Palestina como medio eficaz contra los insectos que atacaban las vides.

Como consecuencia de tal antecedente, el cónsul francés de la Tierra Santa propone que se hagan repetidos ensayos en persecución de la filoxera valiéndose de este betún, el cual, según informe de la Academia de Ciencias de París, es de naturaleza sulfurosa, y por lo tanto tiene condiciones para ser un insecticida de primer orden.

El Viejo Testamento señalaba ya este betún como un agente de destrucción y de exterminio.



VISTA DE UNA ALDEA.

éste; mezclado con miel, se adhiere al papel cuando está húmedo.

Si se le sacude varias veces sobre un papel blanco, el plomo y la arena quedarán sobre éste. Examinado atentamente á simple vista ó con un lente, en el polvo que queda sobre el papel se reconoce la presencia de estas sustancias.

Las falsificaciones de azafrán con pétalos de varias flores se reconocen por el examen en que no tienen el aspecto propio del azafrán, éste es un estilo filiforme, cuya extremidad se divide en tres estigmas aplastados, huecos, vacíos en su interior, que se alargan poco á poco en forma de cucurucho